



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Instituto de Investigaciones Filosóficas



**Programa de maestría y
doctorado en Filosofía**



**El concepto de eros:
una crítica del matrimonio patriarcal,
monogámico y heterosexual**

**Tesis
que para obtener el grado de
Maestra en Filosofía
presenta**

Gina Angélica Sedeño Garrido

Asesora: Dra. Ute Schmidt Osmaniczik

Ciudad Universitaria, febrero de 2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Índice	2
Agradecimientos	4
INTRODUCCIÓN	5
Capítulo I	10
La sexualidad patriarcal	10
MARCUSE	21
Sexualidad, filosofía y religión	21
La sexualidad patriarcal y la propiedad privada	24
La sexualidad y la sociedad industrial avanzada	25
PLATÓN	28
La pederastia	29
Platón critica la retórica, la sofística y la transacción	31
Los albores de la ciencia	34
Capítulo II	38
MARCUSE	40
La <i>fantasía</i> y la <i>naturaleza</i> de la sexualidad	45
PLATÓN	52
Capítulo III	68
La evolución social	80
Homosexualidad	84
Epílogo	94
BIBLIOGRAFÍA	102

Dedicatoria

Dedico este trabajo a mi esposo Gabriel y a mi hijo Josué Manik. Les agradezco infinitamente que hayan estado a mi lado todo el tiempo. Valoro enormemente su comprensión y su paciencia en mis horas de cavilación y deliberación; aprecio con el corazón todo el apoyo que me brindaron, sus valiosos consejos y su ayuda en la comprensión de conceptos científicos.

Los tres nos hemos revelado, cada uno a su manera, en contra de la concepción patriarcal de la sexualidad y de la familia. La elaboración de este trabajo nos ayudó a comprender mejor nuestros vínculos, toda vez que favoreció la posibilidad de vislumbrar que la diversidad y la complejidad definen mejor nuestros sentimientos, nuestros comportamientos y nuestras relaciones.

Por último, dedico este trabajo a todas aquellas personas que en algún momento de sus vidas han experimentado un sentimiento de extrañeza frente a los roles que les han sido inculcados; extrañeza frente a los comportamientos sancionados por la sociedad patriarcal. Espero motivar en algunas personas el replanteamiento de las propias ideas y valores a través de la investigación; motivar una actitud crítica frente a normas obsoletas o cuestionables que han estorbado de alguna manera el despliegue de su potencial humano.

Agradecimientos

Mi agradecimiento para todas aquellas personas que apoyaron la elaboración de este trabajo.

Tutores

Asesora: Dra. Ute Schmidt Osmanczik

Revisora: Dra. Lizbeth Sagols Sales

Sinodal: Dr. José Luis Juan Díaz Gómez

Sinodal: Dr. León Rogelio Olivé Morett

Sinodal: Dr. Víctor Hugo Méndez Aguirre

INTRODUCCIÓN

La sexualidad humana representa un problema tanto para el individuo como para la sociedad, entre otras razones por la rebeldía de sus instintos. A lo largo de la historia la sexualidad ha sido conceptualizada, controlada y hasta reprimida de maneras diversas; no obstante, si, como comentan Potts y Short, <<el sexo determina desde el color de la ropa que usamos, hasta los crímenes que cometemos>>, entonces la promoción de una concepción impugnable de la sexualidad humana resulta no sólo cuestionable, sino irresponsable.

Asumo que lo que hasta hoy conocemos acerca de la naturaleza de la sexualidad humana no puede reducirse a una de las concepciones establecidas; me refiero particularmente a la sexualidad patriarcal. Mi análisis crítico parte del supuesto de que dicha concepción debe ser rebatida en nombre de una nueva concepción de la sexualidad. Por “sexualidad patriarcal” entiendo aquella que está indisolublemente unida a la familia patriarcal; en el seno de esta familia se observa con exclusividad la heterosexualidad y la monogamia para toda la vida; tiene como propósito procrear hijos legítimos del padre, el cual es jefe y proveedor de la familia. Los orígenes de la sexualidad patriarcal, como veremos adelante, son muy antiguos.

Como la responsabilidad del embarazo es delegada, en muchos casos, exclusivamente a la mujer, esto conlleva la penalización moral y/o judicial contra la mujer que aborta. Por otro lado, la insistencia en la descalificación religiosa y patriarcal de la homosexualidad, como una inclinación contra-natura, provoca la marginación y la devaluación de hombres y mujeres con estas preferencias.

Ahora bien, estoy consciente que no soy la primera en considerar que es un error que este tipo de sexualidad y de matrimonio sean considerados e impuestos como los únicos modelos válidos de convivencia sexual y familiar, y que éstos funcionen sin problemas. La infidelidad y el divorcio, los desacuerdos y la falta de comunicación ocasionan que las parejas se separen propiciando desintegración familiar, lo cual coadyuva a la disfunción social: ciudadanos con baja autoestima, ausencia de valores, anarquía, delincuencia a todos los niveles, etc.

Cada vez más mujeres y hombres rechazan este estereotipo sexual, pero como su oposición no está abanderada por una postura crítica y constructiva de una nueva concepción de la sexualidad, la rebeldía se da al margen de la sexualidad establecida. La homosexualidad, la bisexualidad, el transgénero y la transexualidad son vividas con una gran carga de culpa a la vez que la infidelidad y el divorcio son experimentados también como fracasos y como incapacidad de adaptación social.

Tradicionalmente, la sexualidad ha sido abordada como un problema moral; de él se han ocupado, principalmente, la filosofía, la religión y hasta la mitología. Aristóteles es el primero, según Potts y Short, en llevar la sexualidad al terreno de la observación biológica; no obstante, la ciencia se encontraba en sus albores y no estaba capacitada para dar respuestas a un asunto tan complejo como la sexualidad. Sin embargo, las teorías aristotélicas dejan tras de sí explicaciones que, siendo hoy en día simplemente inaceptables, continúan incidiendo sobre la concepción actual de la sexualidad.

Con el afán de cuestionar el modelo patriarcal de la sexualidad, quiero exponer algunos ejemplos que sirvan al menos a cinco propósitos: 1) subrayar los mecanismos de gestación de algunas de las concepciones de la sexualidad, 2) desvelar los fundamentos que subyacen a algunos modelos de control de las aspiraciones sexuales placenteras, 3) exponer el hecho de que tanto la concepción patriarcal como la de Freud se construyen al margen de los componentes placenteros de la sexualidad, 4) resaltar el hecho de que el Platón del *Banquete* asume la importancia del placer tanto en el amor como en

la cultura, no obstante que su concepción tiene en la mira el desapego del cuerpo y 5) exponer la concepción de Herbert Marcuse que sirve a mi propósito de cuestionar la represión de los instintos placenteros y, aunque su discurso se queda en el terreno de la especulación filosófica, siembra la actitud crítica que posibilita la entrada del discurso científico en la construcción de una nueva concepción de la sexualidad. Como resultado de este análisis concluyo que la sexualidad es por naturaleza polimorfa en sus manifestaciones.

En otro tenor, la suposición de que tanto la pasión corporal pasajera --el enamoramiento--, como el aprecio duradero entre dos personas o grupos de individuos son sinónimos de amor ha generado confusiones con respecto a la sexualidad. Marcuse y Platón se topan con estas dos caras de la sexualidad y, como podremos ver, los dos resuelven el problema de forma similar; ambos asumen que la pasión por el cuerpo y la obtención de placer a través de él son aspectos fundamentales de la sexualidad, pero también asumen que no menos importantes son el amor sereno que se fragua a través del tiempo entre dos personas, y los lazos de amistad que unen a individuos diversos en un grupo o una sociedad; estos aspectos son clarificados también por los investigadores científicos que presento. Pero ¿el enamoramiento y el amor de pareja *sólo deben* ser buscados y alcanzados a través de la sexualidad patriarcal, esto es, dentro del matrimonio monogámico heterosexual admitido por el Estado y la iglesia? Mi respuesta es no. El *Banquete* muestra un amplio espectro de preferencias y aspiraciones sexuales, Marcuse abre una actitud crítica frente al patriarcado y, finalmente, a la luz de algunos datos científicos podemos vislumbrar algunas de las causas que ponen en conflicto la sexualidad patriarcal con nuestro sustrato biológico.

Resumiendo, con este trabajo pretendo exponer algunos datos que ponen en tela de juicio la legitimidad de la sexualidad patriarcal para todos.

En el capítulo I expondré algunos de los supuestos que fundamentaron la concepción patriarcal de la sexualidad: los provenientes de la filosofía y de la religión, así como de las hipótesis de la biología aristotélica. Las nociones presentadas ahí ayudarán a comprender, en parte, el origen de la concepción actual de la sexualidad patriarcal. Este capítulo tiene por objeto, más que nada, atraer la atención del lector hacia un problema, a saber, el de la aceptación pasiva y acrítica de la concepción establecida; con este fin abordaré, en el *Banquete*, las herramientas de argumentación más populares de la época (sofística, retórica y transacción entre ideales y usanzas sociales, primordialmente). El reconocimiento de aquellas herramientas puede servir al propósito de descubrir y comprender las herramientas modernas de argumentación. Asimismo presentaré algunos aspectos que tanto Herbert Marcuse como Federico Engels señalan como elementos que dan origen a la concepción patriarcal de la sexualidad.

En el capítulo II hago una reflexión en torno a algunas de las premisas que sustentan las concepciones del amor en el *Banquete* de Platón, la concepción de *eros* de Sigmund Freud a través de la óptica de Marcuse, y la propia concepción de Marcuse en *Eros y civilización*. En el *Banquete* encontraremos una amplia gama de prácticas sexuales, y distintos mecanismos de represión de las aspiraciones placenteras del cuerpo; casi todos esos mecanismos fueron sustentados en la valoración del alma, de las tradiciones y de la polis por encima de los placeres del cuerpo. Sigmund Freud expone la necesidad de reprimir los placeres sexuales en favor del orden establecido. Herbert Marcuse defiende el placer y abre la discusión hacia una sexualidad que no está en consonancia con el orden establecido, a saber, la sexualidad patriarcal y los valores de la sociedad industrial avanzada.

En el capítulo III, revisaré algunos de los resultados presentados por científicos en torno a la relación entre enamoramiento, amor y biología. Y aunque de ninguna manera podemos establecer un paralelismo teórico entre Marcuse y la biología moderna, si podemos reconocer que Marcuse sospechó, a

través de la observación de individuos y sociedad, que los instintos sexuales entraban por “naturaleza” en conflicto con la sexualidad patriarcal.

Como resultado de mi investigación concluiré que, aunque todavía desconocemos mucho acerca del comportamiento sexual humano, se puede aseverar que aunque el modelo patriarcal de la sexualidad puede funcionar para algunos individuos, no es la única forma posible de vivir la sexualidad, ni es la más apegada ni a la biología ni a la evolución sexual humanas. En todo caso, la sexualidad patriarcal tendrá que coexistir con otras maneras de vivir la sexualidad.

Por último, dos anotaciones de índole técnica: en primer lugar, doy por un hecho que el lector está familiarizado con el contenido tanto de *Eros y civilización* como del *Banquete* de Platón; en segundo lugar, con respecto al *Banquete*, usé la traducción de M. Martínez Hernández, de la Editorial Planeta Mexicana S.A. de C.V., impreso en España, Agosto 1997.

Capítulo I

A través de la historia, la sexualidad ha sido conceptualizada y fundamentada en creencias religiosas, en sistemas filosóficos, en hipótesis científicas que han sido rebasadas hace ya más de veinticinco siglos, y hasta en mitos insólitos; pero igualmente insólito es que la sexualidad siga siendo pensada en tales términos. Hoy sabemos que el ser humano y su sexualidad están determinados tanto por su cultura como por su biología; por ello es importante destacar que todas las explicaciones de la sexualidad que surgen con exclusividad desde el terreno de las humanidades o de las ciencias siempre estarán incompletas, y se prestarán a concepciones parciales.

La sexualidad patriarcal

Uno de los principales problemas que plantea la sexualidad humana es el manejo del placer. El placer produce emociones tales como felicidad y plenitud; pero también provoca sufrimiento, y desata pasiones que pueden ir desde la desesperación hasta el asesinato. El deseo de placer puede conducir a una actitud anárquica en los individuos, a la vez que es uno de los motores de la vida, porque le da un sentido. Así, la explosividad de las pasiones sexuales coloca la civilización frente a un dilema: imponer la represión del placer, o establecer normas que posibiliten que el placer no se contraponga a la cultura. Las diferentes civilizaciones, a través de la historia humana, han intentado encontrar la forma más adecuada de resolver el conflicto entre el placer y la cultura; uno de esos intentos cristalizó en el modelo de la familia y la sexualidad patriarcales. La familia patriarcal no sólo busca reprimir los instintos sexuales, sino que utiliza y manipula algunas de sus características

para favorecer la instauración de un modelo económico basado en la propiedad privada.

La sexualidad patriarcal está indisolublemente unida a la familia patriarcal. En su seno debe observarse una sexualidad exclusivamente heterosexual y monógama para toda la vida, y tiene como finalidad la procreación de los hijos legítimos de la pareja. La legitimidad de los hijos exige la fidelidad de la mujer, mas no la del hombre. Al hombre se le adjudica el rol de jefe y proveedor, y a la mujer se le delega el rol de ama de casa y casi el 100% del cuidado de los hijos. Las raíces de la familia y la sexualidad patriarcales se remontan a tiempos anteriores a Cristo, pero se perfilan bastante bien con el judeo-cristianismo. No obstante el establecimiento de esas regulaciones, los instintos sexuales se resisten a la represión.

La familia patriarcal ha ido modificándose en el tiempo, pero persisten, en muchos casos, rasgos propios de este tipo de familia, a saber: la superioridad del hombre frente a la mujer; la infidelidad femenina es criticada en contraposición a la tolerancia de la infidelidad del varón (este hecho no es privativo de la familia patriarcal); asimismo, muchos varones no participan ni de la educación ni de la crianza de los hijos, y cada vez más, recae en la mujer el papel de proveedora. La responsabilidad del embarazo es delegada, en muchos casos, exclusivamente a la mujer; esto conlleva la penalización moral o judicial contra la mujer que aborta. El maltrato de muchas mujeres está fundado, en innumerables ocasiones, en la asunción de la superioridad masculina. Y, por cierto, la insistencia en la descalificación religiosa de la homosexualidad, como una inclinación contra-natura, provoca la marginación y la devaluación de hombres y mujeres con estas preferencias. A continuación expongo algunas definiciones e ideas acerca del patriarcado con el fin de acotar el concepto.

En su sentido literal, “patriarcado” significa gobierno de los padres. Históricamente el término ha sido utilizado para designar un tipo de organización social en el que la autoridad la ejerce el varón jefe de familia, dueño del patrimonio, del que formaban parte los hijos, la esposa y los

esclavos. La familia es, claro está, una de las instituciones básicas de este orden social.

El poder en el patriarcado puede tener origen divino, familiar, o fundarse en el acuerdo de voluntades, pero en todos estos modelos el dominio de los varones sobre las mujeres se mantiene. Gerda Lerner (1986) lo ha definido, en sentido amplio, como “la manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y niños/as de la familia y la ampliación de ese dominio sobre las mujeres en la sociedad en general”¹. Sus investigaciones se remontan a la Mesopotamia, entre los años 6.000 y 3.000 A.C.

María Milagros Rivera Garretas señala como estructuras fundamentales del patriarcado las relaciones sociales de parentesco, la heterosexualidad obligatoria y el contrato sexual. La institución de la heterosexualidad obligatoria es necesaria para la continuidad del patriarcado, ya que expresa la convivencia entre varones y mujeres en tasas de masculinidad/feminidad numéricamente equilibradas. Junto con esto se da la política sexual, es decir, las relaciones de poder establecidas entre varones y mujeres, sin más razón que el sexo.

En el patriarcado no todas las relaciones son familiares, por tanto no se le puede entender literalmente sino a riesgo de dejar fuera las demás instituciones sociales que realmente comprende. La forma de entenderlo como poder de los padres llega hasta la modernidad, donde el ascenso de una nueva clase, la burguesía, necesita dar otro fundamento al ejercicio del poder para adaptarlo a los cambios producidos. Este nuevo fundamento es el pacto o acuerdo social, mediante el cual se organiza el patriarcado moderno.

Con la formación de los Estados modernos, el poder de vida y muerte sobre los demás miembros de la familia pasa de manos del *pater familias* al Estado, el cual garantiza, principalmente a través de la ley y la economía, la sujeción de las mujeres al padre, al marido y a los varones en general, impidiendo su constitución como sujetos políticos.

¹Citado en Fontenela, Marta, “¿Qué es el patriarcado?”, desde www.nodo50.org/mujeresred/spip.php?article1396

Unas corrientes feministas consideran que las relaciones de reproducción generan un sistema de clases sexual, que se basa en la apropiación y el control de la capacidad reproductiva de las mujeres, y que existe paralelamente al sistema de clases económico, basado en las relaciones de producción.

Dentro del denominado feminismo materialista, Lidia Falcón considera a las mujeres como clase social y económica, siendo los padres-maridos quienes controlan el cuerpo femenino y se apropian del trabajo productivo y reproductivo de aquellas. Por su parte, Christine Delphy afirma la existencia de una “relación de producción entre marido y mujer en la familia nuclear moderna, consistente en la relación de una persona o jefe, cuya producción se integra al circuito mercantil, con otra que le está subordinada, porque su producción, que no se integra a ese circuito, es convertida en algo invisible”². En virtud del matrimonio y del trabajo doméstico gratuito, las mujeres comparten una posición común de clase social de género.

En términos generales, el patriarcado puede definirse como un sistema de relaciones sociales sexo-políticas basadas en diferentes instituciones públicas y privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurado por los varones quienes, como grupo social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres apropiándose de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea por medios pacíficos o mediante el uso de la violencia. El feminismo marxista de Heidi Hartmann enfatiza que el patriarcado no descansa sólo en la familia, sino en todas las estructuras que posibilitan el control sobre la fuerza de trabajo de las mujeres.³

En el patriarcado las mujeres cargan con todo el trabajo no remunerado: el trabajo doméstico y el cuidado de personas. Por otro lado, la división sexual del trabajo remunerado reserva a las mujeres los puestos de “bajo perfil” o de “perfil asistencial”. Las mujeres ocupan la mayoría de los contratos de trabajo parcial y sus salarios son más bajos. Los varones tienen disponibilidad total hacia el trabajo, lo cual reduce las expectativas de las mujeres en el mundo

² cf. *Ibid.*

³ cf. *Ibid.*

laboral; nadie espera que las mujeres se superen en el trabajo porque se supone que se deben al hogar. Aun cuando algunas ascienden a las altas jerarquías, en general quedan a un paso de los verdaderos puestos de decisión. Las que consiguen pasar ese techo son la minoría.⁴

Ancestralmente la mujer se dedicaba a la recolección no sólo de vegetales, sino también de invertebrados y vertebrados pequeños. Con su aporte de proteína y grasa las mujeres podían alimentarse a sí mismas y a sus hijos dependientes. Los machos eran más carnívoros que las hembras aunque al principio eran más bien carroñeros. En los inviernos muy fríos o en las estaciones muy secas la recolección femenina se reducía, y la dependencia de la caza mayor que realizaban los varones aumentaba.

No había emparejamientos a largo plazo, ni redistribución de recursos en virtud de un «contrato sexual» entre machos y hembras. No existía la rivalidad despiadada entre machos, ni el infanticidio propio del chimpancé común. Los varones se esforzaban por ganarse la estima de sus camaradas y la admiración femenina; ello aumentaba tanto sus posibilidades de apareamiento, como la caza de presas cada vez más grandes que podían compartir. Las mujeres elegían aparearse con los mejores cazadores.

En una fase evolutiva, en la que el rendimiento de la caza aun era modesto, la monogamia habría sido una estrategia poco interesante para el sexo femenino; estar comprometida con un solo macho habría sido menos rentable en términos de suministro de carne; el abasto aumentaba si se contaba con más de un proveedor. La monogamia tampoco resultaba atractiva para el varón, ya que no tenía sentido seguir suministrando carne a una hembra embarazada o con hijos lactantes; tampoco su contribución económica era decisiva, ya que ella era independiente.

Pero la situación cambió cuando nuestros ancestros se convirtieron en cazadores de alto rendimiento. El incremento del suministro de carne por proveedor hizo más interesante para una hembra establecer un compromiso de

⁴ cf. Carrasco, Cristina, "Mujeres, trabajos y políticas sociales en España", DUODA Revista de estudios feministas, núm. 13, 1997

exclusividad mutua (sexual por la parte femenina y económica por la parte masculina). Con un macho consorte la mujer aseguraba su abastecimiento aun durante el embarazo. Por otra parte, el valor de la carne como moneda para comprar apareamientos disminuyó. La caza cooperativa abastece carne en abundancia a todos los cazadores, y las mujeres tienen proveedores de sobra para elegir. En estas condiciones un cazador medio habría tenido pocos incentivos para romper el vínculo con la madre del que muy probablemente era su hijo, pues su contribución al buen desarrollo de su descendencia tenía ahora un mayor valor selectivo que la búsqueda infructuosa de apareamientos de dudoso rendimiento reproductivo. El resultado de este proceso evolutivo habría sido la autoorganización espontánea de la comunidad en familias nucleares monógamas.

Por otro lado, la división sexual del trabajo primitivo se explica por el hecho de que la caza mayor implica riesgo para las mujeres embarazadas o con hijos lactantes. No obstante, la recolección de la mujer representaba un seguro alimenticio en los días en que la caza mayor era infructuosa, situación que no era infrecuente. He ahí un escenario de división sexual del trabajo, pero con dependencia económica mutua. Hace 2 millones de años, cuando el género humano se expandió en las praderas y colonizó Eurasia ya se habían desarrollado pautas de conducta universales como el vínculo de pareja duradero, los celos y la división sexual del trabajo.⁵

El descubrimiento de la conexión entre sexo y procreación constituye un hito importante. Este descubrimiento originó la subordinación forzosa de los intereses femeninos a los masculinos. Si bien ya existía un lazo instintivo entre los machos y los hijos de sus compañeras, ahora el conocimiento consciente del parentesco contribuyó a intensificarlo, pero también contribuyó a exacerbar los celos y la fobia hacia el adulterio.⁶

⁵ cf. Leal García, Ambrosio, "Sesgos ideológicos en las teorías sobre la evolución del sexo", tesis doctoral, de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Barcelona, p. 130s., p.116s.

⁶ cf. *Ibid.*, p. 289 s.

La contribución femenina a la subsistencia en las sociedades protoagrícolas continuó siendo lo bastante importante para que las mujeres conservaran cierto poder económico limitador del dominio masculino. Pero la degradación de la condición femenina iba a acentuarse con el desarrollo de sociedades agrícolas sedentarias. La horticultura y la ganadería itinerantes no supusieron el fin del modo de vida nómada, porque la comunidad debía trasladarse a un nuevo emplazamiento cada vez que se agotaba la fertilidad del suelo; ello obligaba a espaciar los embarazos a base de prolongar la lactancia. Esta limitación dejó de regir en los asentamientos que prosperaron en los deltas de los ríos y otros terrenos cuya fertilidad se renovaba por sí sola. Por otro lado, una población numerosa era la mejor defensa de estas comunidades sedentarias contra los grupos nómadas rivales. Esto redundó en la conveniencia de que las mujeres se consagraran a la maternidad intensiva y que los varones se convirtieran en proveedores. La condición de las mujeres se degradó; pero las tribus con esta organización resultaron tan competitivas que, en pocos milenios, este orden se convirtió en un rasgo casi universal del comportamiento social humano.⁷

La sexualidad es el resultado del cruce de la naturaleza con la estructura social. En un primer momento nos puede parecer un asunto íntimo que concierne únicamente a la privacidad de cada individuo. Este parecer deriva de la idea de que la sexualidad responde a una fuerza natural que va más allá de lo razonable, y que, por tanto, responde a algo casi instintivo que le otorga un carácter de impermeabilidad al cambio. La sexualidad se centra en el deseo y este último es gestionado por las diversas sociedades. En una sociedad neocapitalista, basada en el consumismo, el deseo aparece como una necesidad fundamentada principalmente en el placer, lo que le hace escapar de cualquier lógica posible. No obstante, el deseo está sujeto al cambio, es un producto social que ha sido modificado a lo largo de la historia. La estructura social lo construye y lo materializa; define los objetos de deseo dándole a éste una expresión colectiva, es decir, enseña el abanico de posibilidades en el que

⁷ cf. *Ibid.*, p. 296

todos los individuos se mueven.⁸ Las posibilidades eróticas del animal humano, su capacidad de ternura, intimidad y placer nunca pueden ser expresadas espontáneamente, son estructuras muy complejas: se organizan en una intrincada red de creencias, conceptos y actividades sociales, en una historia compleja y cambiante”⁹. Históricamente las normas institucionales han supuesto coacciones y sanciones para imponer o garantizar una práctica sexual preferente bajo la cual se han situado las demás. En occidente, la institucionalización de la sexualidad se materializa en la “heterosexualidad obligatoria”, práctica en torno a la cual se establece una clasificación cargada de juicios de valor y de toma de posiciones. Desde el poder se establecen normas para su regulación, normas a través de las cuales “lo normal” se asocia a lo bueno y deseable y “lo anormal” a lo malo o no deseable. Las definiciones van cargadas de valor y violencia como medio de interiorización de las mismas, como medio de respeto a las mismas, de sometimiento. La “heterosexualidad obligatoria” anula la existencia de otras posibles formas de sexualidad y distorsiona, así, la realidad. Anula la existencia de una realidad múltiple y oprime a esa multiplicidad.¹⁰

Ahora bien, ¿existe el patriarcado o ya ha desaparecido? ¿Es propio únicamente de países lejanos o de épocas remotas de la Historia? La antropología ha definido el patriarcado como un sistema de organización social en el que los puestos clave de poder (político, económico, religioso y militar) se encuentran, exclusiva o mayoritariamente, en manos de varones. Ateniéndose a esta caracterización, se ha concluido que todas las sociedades humanas conocidas, del pasado y del presente, son patriarcales. Se trata de una organización histórica de gran antigüedad que llega hasta nuestros días. En efecto, consideremos uno a uno los aspectos del poder a los que se refiere esta

⁸ cf. Peña Corral, Ruth, “La sexualidad: producto social”, desde www.ucm.es/info/biblioteca/contruccion_sexualidad/Ensayo_sobre_sexualidad.pdf

⁹ cf. Platero, Raquel y Fernández Laso, Cristina, “Conceptos clave sobre homosexualidad y lesbianismo”, desde www.ucm.es/info/rqtr/Conceptos_Clave_sobre_LGBT.pdf

¹⁰ cf. Peña Corral, Ruth, “La sexualidad: producto social”, desde www.ucm.es/info/biblioteca/contruccion_sexualidad/Ensayo_sobre_sexualidad.pdf

definición y veremos que somos incapaces de dar un solo ejemplo que no corresponda a ella.

Ahora bien, es evidente que no todas las sociedades se ajustan a la definición de patriarcado de la misma manera, ni con la misma intensidad. Se ha distinguido entre patriarcados de coerción y patriarcados de consentimiento. Aunque se trata de un intento de clasificación y, como tal, es siempre esquemático y simplificador, puede ayudarnos a pensar las preguntas iniciales. Los que he llamado “patriarcados de coerción” mantienen unas normas muy rígidas en cuanto a los papeles de mujeres y hombres. Desobedecerlas puede acarrear incluso la muerte. Este tipo de patriarcado puede ilustrarse de manera paradigmática con los muhaidines en Afganistán, el cual recluyó a las mujeres al ámbito doméstico y castigó duramente a quien no se limitara estrictamente a los roles de su sexo. El segundo tipo, en cambio, responde a las formas que el patriarcado adquiere en las sociedades desarrolladas. Como Michel Foucault señaló con respecto a la relación sexualidad-poder, con la modernidad la coerción deja su lugar central a la incitación. Así, no nos encarcelarán ni asesinarán por no cumplir las exigencias del rol sexual que nos corresponda. Pero será el propio sujeto quien busque ansiosamente cumplir el mandato: cumplir con las imágenes de la feminidad normativa contemporánea (juventud obligatoria, estrictos cánones de belleza, superwoman que no se agota con la doble jornada laboral, etc.). La asunción como deseo propio juega un papel fundamental en esta nueva configuración histórica del sistema de género-sexo.¹¹

Como bien nos recuerda Celia Amorós¹², el patriarcado no es una esencia, sino un *sistema* metaestable de dominación ejercido por los individuos que, al mismo tiempo, son troquelados por él. Todos formamos parte de ese *sistema* y estamos forjados por él, pero eso no nos exime de la responsabilidad de intentar distanciarnos críticamente de sus estructuras y actuar ética y

¹¹ cf. Puleo H., Alicia, “El patriarcado: ¿una organización social superada?”, desde www.nodo50.org/mujeresred/spip.php?article739

¹² cf. *Ibid.*

políticamente contra sus bases y sus efectos. Que el patriarcado sea metaestable significa que sus formas se van adaptando a los distintos tipos históricos de organización económica y social, preservándose en mayor o menor medida.

Carmen Alborch¹³ ha examinado, a la luz de numerosos ejemplos, la rivalidad entre mujeres y los obstáculos para la solidaridad, dificultades relacionadas con la falta de autoconciencia de pertenecer a un colectivo históricamente discriminado. Descubrir la trama de la red socio-cultural en la que vivimos y de la que hemos extraído elementos para la constitución de nuestra propia identidad no es tarea sencilla. La desaparición de elementos coercitivos, continúa Alborch, tanto en el plano de la ley como en el de las costumbres se debe, fundamentalmente, a las luchas del feminismo, con ello me refiero tanto a su primera manifestación masiva con el sufragismo que conquistó el derecho al voto, como a la “segunda ola” de los sesenta-setenta del siglo XX con su profunda transformación de las relaciones afectivo-sexuales, y a las investigaciones académicas, grupos locales y políticas de acción positiva de ámbito nacional e internacional que existen actualmente. Muchas son las tareas pendientes y una de ellas, como señala Alicia Miyares en *Democracia feminista* (Cátedra, 2003) es reconocer y asumir que el feminismo es una teoría que ha de vertebrar la práctica política.

Si entramos a Internet, podemos encontrar una gran cantidad de información en relación con la homofobia, el maltrato femenino y la desintegración de las familias patriarcales. No obstante, la sexualidad y la familia patriarcales siguen practicándose y reproduciéndose en el imaginario colectivo. Aquel que esté más o menos informado sabe que existe en el mundo una tendencia política conservadora. Uno de los problemas que motivan estas tendencias, creo yo, consiste en que el modelo patriarcal está en crisis desde hace ya mucho tiempo; pero no se ha planteado un nuevo modelo de sexualidad. La crisis de los valores puede conducir a una de tres estrategias básicamente: al regreso del fundamentalismo, a la anarquía o, en el mejor de

¹³ cf. *Ibid.*

los casos, a la propuesta de un modelo distinto de sexualidad que pueda coexistir con la sexualidad patriarcal libremente y juiciosamente elegida.

En el *Banquete* de Platón encontramos un intento (distinto del patriarcal, el cual está dirigido a la élite de los sabios varones) de poner límites a los instintos sexuales. Son aceptadas como tendencias naturales la homosexualidad (en su variante pederástica), la bisexualidad, la heterosexualidad y la asexualidad, la infidelidad y la fidelidad, el amor por el cuerpo y por el alma. Siempre y cuando el amor se manifieste con valentía, tenga como fin el embellecimiento del alma del ser amado y en última instancia, aspire a la perfección del individuo, todas las preferencias heterosexuales, homosexuales, bisexuales y asexuales son aceptables de acuerdo con el contenido discursivo de los oradores del *Banquete*. Ahora bien, en el tenor de proponer un nuevo modelo de sexualidad, Marcuse se convierte en un crítico severo y en un detractor de la sexualidad patriarcal, pues asume que la sexualidad es por naturaleza polimorfa. Por otro lado, las ciencias biológicas modernas arrojan datos que apuntan tanto hacia el polimorfismo sexual, como a la infidelidad y la fidelidad sexual. Estas tres vertientes serán abordadas en este trabajo con un doble fin: hacer una crítica de la sexualidad patriarcal y proponer algunas ideas que promuevan un modelo de sexualidad distinto del patriarcal, en la presunción de que resulta más acorde al sustrato biológico humano.

Sin la menor intención de ser exhaustiva, presento a continuación unas cuantas ideas aportadas por Marcuse que ayudan a desvelar, en su opinión, algunos de los mecanismos de manipulación de la conciencia. Tales mecanismos tienen la meta de lograr que los individuos vean en la cultura un orden “objetivo” frente al cual la desobediencia (con respecto a la sexualidad patriarcal) sea percibida como un defecto de la propia “subjetividad”.

MARCUSE

Sexualidad, filosofía y religión

Frente a la indocilidad de los instintos sexuales, la cultura erige miedos y actitudes mentales que coadyuvan a que los individuos, por sí mismos, busquen reprimir su propio placer. La *veneración de la muerte*, apunta Marcuse, es una *actitud* que favorece la auto-represión, la cual *está inspirada* en una verdad: la de que todo en el mundo es pasajero, la de que el ser humano y todos los bienes a los que puede aspirar son finitos. Marcuse denuncia que esta certeza es transformada por la cultura en aceptación anticipada, pasiva y resignada del fracaso. Nietzsche, explica Marcuse, exhibe las gigantescas falacias sobre las que fueron construidas la filosofía y la moral occidentales: la transformación tanto de los hechos en esencias, como de las condiciones históricas en metafísicas. Por ejemplo: la debilidad y el desaliento del hombre, la desigualdad y el poder, la injusticia y el sufrimiento fueron atribuidos al castigo por la desobediencia contra Dios. De esta manera, las rebeliones que ponen en riesgo el orden establecido pueden ser silenciadas en nombre de la “justicia divina”. Ahora bien, la rebeldía contra la suspensión de la gratificación transformada e interpretada como concupiscencia malsana (añade Nietzsche), aunada a la certeza de la muerte y la finitud, abonan la actitud conformista. En esta actitud (conformista) florece fácilmente la “proclamación” de que:

“Sólo los altos valores son eternos, y por lo tanto, reales: el hombre interior, la fe y el amor que no pide y no desea.”¹⁴

El enaltecimiento de los “altos valores” que reprime los placeres sexuales, declara Nietzsche, juega una doble función cultural: 1) pacífica, compensa y

¹⁴ Citado en Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, p.118 s.

justifica a los que no tienen privilegios y 2) protege a aquellos que les impiden tenerlos y los obligan a permanecer sin ellos.

El placer es calificado como concupiscencia, castigado como pecado y metódicamente reprimido. El cuerpo y sus pasiones son despreciados como lastres que impiden al alma alcanzar su meta, la felicidad eterna en otro mundo:

“La eternidad, desde hace mucho el último consuelo de una existencia enajenada, ha sido convertida en un instrumento de la represión mediante su relegación a un mundo trascendental –un premio irreal para el sufrimiento real.”¹⁵

Esta actitud en contra del placer aparece en muchos escritos filosóficos y religiosos, como es el caso del judeo-cristianismo, particularmente en su concepción patriarcal de la sexualidad. La contraposición al placer no se restringe a la concepción patriarcal, pero mi interés se centra en dicha concepción.

Marcuse denuncia que en la sociedad industrial avanzada el placer es reprimido sistemáticamente, no obstante, la represión escapa a la conciencia de los individuos. Con la sofisticación de los métodos de represión se ha logrado que los individuos tengan la percepción de que son libres y felices; no son conscientes de que su felicidad y su libertad están puestas en consonancia con aquello que la sociedad les impone como deseable, incluso el tiempo de ocio es convertido en objeto de la represión. A través de la historia, las sociedades han demandado el servicio de la sexualidad, por ejemplo, la monogamia y la fidelidad de la mujer que aseguran que los bienes acumulados queden en manos de la prole legítima sirven a la propiedad privada y a la organización patriarcal de la sociedad. Otro ejemplo es el caso de la cultura guerrera de la Grecia antigua, la homosexualidad (pederastia) ayudaba a mantener tranquilos a los guerreros que permanecían alejados de sus esposas por largos períodos.

¹⁵ *Ibid.*, p. 120

Marcuse denuncia: una de las características más despreciables del orden represivo es la subyugación de las facultades “inferiores del ser humano”, las pertenecientes al placer:

“Su subyugación es [desde la antigüedad], considerada un elemento constitutivo de la razón humana, que es así, en sus mismas funciones, represiva. La lucha culmina en la conquista de la naturaleza externa, que debe ser atacada, refrenada y explotada perpetuamente para obligarla a servir a las necesidades humanas.”¹⁶

De esta manera, la civilización es erigida, en cierta medida, tanto sobre los despojos maltrechos del componente sensual, como sobre la sobrevaloración de la razón. Muchos somos testigos de que el matrimonio y la sexualidad patriarcal parecen estar en crisis, pues los instintos se sublevan de diferentes maneras, y en muchos casos contra la razón; por ejemplo, observamos que difícilmente una pareja sobrevive a la infidelidad sexual de uno de los cónyuges, a menos que el poder de su amor los mantenga juntos.

En los inicios del judeo-cristianismo, el matrimonio y la sexualidad no tienen que ver con el enamoramiento, sino con una transacción monetaria. En El Antiguo Testamento vemos que por medio de una dote (entregada al padre de la novia) el futuro esposo adquiere el derecho de tener una mujer que le dará descendientes legítimos a los cuales les heredará sus bienes. Pero, aunque en la Biblia dice que el hombre debe ser buen proveedor, cariñoso y respetuoso para con su mujer, en la práctica las cosas suceden de otra manera: la mujer está sujeta, en muchos casos, a la voluntad de un esposo injusto que se siente respaldado por la “ley divina”, o por la sociedad.

No se puede aseverar que el judeo-cristianismo en su totalidad sea una filosofía absurda y errada; no obstante, se puede asegurar que esta tradición religiosa ha contribuido a reprimir, ocultar y desacreditar el componente placentero de la sexualidad, “obliga” a permanecer juntos a dos individuos que incluso se desprecian, promueve la homofobia y, definitivamente, favorece la desigualdad entre hombres y mujeres.

¹⁶ *Ibid.*, p.109

Como detractor del judeo-cristianismo, Marcuse declara que:

“Con el triunfo de la moral cristiana los instintos de la vida [los instintos sexuales] fueron pervertidos y restringidos; la mala conciencia fue ligada con una falta contra Dios.”¹⁷

Marcuse asegura que la sexualidad es por naturaleza polimorfa, y que todo intento de reprimirla resulta insuficiente. Desde su concepción, Marcuse asevera que la sexualidad reducida (por el patriarcado) al placer del coito es menos satisfactoria y contribuye menos a la armonía social, como veremos en el siguiente capítulo.

La sexualidad patriarcal y la propiedad privada

Como hemos visto, la sexualidad patriarcal demanda de la mujer fidelidad sexual, y deja de lado su aspiración al placer. ¿En dónde encuentra su origen la exigencia de la fidelidad femenina?

Según Engels, el origen puede ser encontrado junto a la aparición de la propiedad privada en la familia sindiásmica¹⁸; este tipo de familia aparece en el límite que separa el salvajismo de la barbarie, en ella la propiedad de la *gens* (que entonces se reducía a la posesión de rebaños y esclavos) se heredaba por línea materna. Esto implicaba que, al morir el propietario, la posesión de sus bienes quedara en manos de la familia materna, es decir, los herederos directos eran los hermanos y hermanas, los sobrinos y sobrinas del difunto. Pero los hijos del finado quedaban desheredados. Conforme fueron creciendo las tribus y la riqueza, los hombres reclamaron el derecho de ser ellos quienes transfirieran la herencia; con esto cambia el derecho de herencia de la vía materna a la vía paterna. Dice Engels que esta fue una de las grandes revoluciones de la historia, y que la abolición del derecho materno fue la gran derrota del sexo femenino. En su origen, expresa Engels, la palabra familia no

¹⁷ *Ibid.*, p. 118

¹⁸ cf. Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, p. 51 s.

significaba el ideal de nuestra época, pues entre los romanos ni siquiera se aplicaba a la pareja conyugal y a sus hijos, sino tan sólo a los esclavos. *Famulus* quiere decir esclavo doméstico, y familia designa el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre. Engels expresa que la familia moderna contiene en germen no sólo la esclavitud, sino también la servidumbre; y el matrimonio sindiásmico señala el tránsito a la monogamia. Para asegurar la paternidad de los hijos, la mujer es entregada sin reservas al poder del hombre. Cuando éste la mata no hace más que ejercitar su derecho, denuncia Engels.¹⁹ La familia monogámica es erigida sobre el poder del hombre, el cual desea hijos biológicos con fines económicos.²⁰

Pero como los instintos sexuales no se dominan fácilmente, la monogamia nace junto a la promiscuidad sexual del marido y a la mujer abandonada por su marido; con esto aparecen dos constantes y características figuras sociales, desconocidas hasta entonces: el amante de la mujer y el marido cornudo; en su estudio en torno a la evolución de la familia, Engels expresa:

“Los hombres habían logrado la victoria sobre las mujeres, pero las vencidas se encargaron generosamente de coronar a los vencedores. El adulterio, prohibido con severas penas y castigado con rigor, pero indestructible, llegó a ser una institución social irremediable junto a la monogamia y al hetairismo. La certeza de la paternidad de los hijos descansó en el convencimiento moral, lo mismo después que antes; y para resolver la insoluble contradicción, el Código de Napoleón dispuso: Art. 312.- el hijo concebido durante el matrimonio tiene por padre al marido. Este es el último resultado de tres mil años de monogamia.”²¹

La sexualidad y la sociedad industrial avanzada

Marcuse asevera que la sexualidad patriarcal no sólo es una forma represiva de la sexualidad, sino también una práctica que supone y reproduce una de las formas de civilización más represivas, a saber, la civilización industrial avanzada. La autoridad es inherente y necesaria a toda división

¹⁹ *Ibid.*, p. 62 s.

²⁰ *Ibid.*, p. 68

²¹ *Ibid.*, p. 74 s.

social del trabajo, expresa Marcuse; en cambio, la dominación es el ejercicio del poder (por parte de un grupo o de un individuo) encaminado a la obtención de una situación privilegiada, concluye. La dominación, denuncia Marcuse, es utilizada para modificar y desviar la energía instintiva con el fin de preservar la familia patriarcal, la división jerárquica del trabajo, y el control público sobre la existencia privada del individuo. En este tenor, la *represión excedente*²² (concepto acuñado por nuestro filósofo) agrupa los controles adicionales sobre y por encima de aquellos que son indispensables para la conservación de la vida y la asociación humana civilizada, es decir, la represión excedente es aquella represión agregada a la *represión básica*²³ (la represión de los instintos necesaria para preservar la vida del individuo y para fomentar el desarrollo del hombre desde el animal hasta el animal sapiens) que redundando en la modificación de los instintos sexuales.

Marcuse sigue los caminos de la dominación hasta el ámbito de los medios masivos de entretenimiento, y declara que la dominación provee actividades de descanso ajenas al pensamiento (represión excedente). La extensión de los controles hasta regiones de la conciencia y el ocio, anteriormente libres, permite un aparente relajamiento sexual, ya que, asegura Marcuse, las relaciones sexuales mismas han llegado a estar mucho

²² Represión excedente: es la represión provocada por la dominación social. Por ejemplo, en el progreso sexual normal hacia la genitalidad, los impulsos parciales y sus zonas (el olfato y el gusto) fueron desexualizados casi por completo para adaptarlos a las exigencias de una organización social específica de la existencia humana. Freud pensó que los elementos coprofílicos en el instinto han demostrado ser incompatibles con nuestras ideas estéticas, quizá desde la época en que el hombre desarrolló una postura erecta y así alejó del suelo su órgano del olfato; estos sentidos inmediatos sucumbieron, agrega Freud, a los rígidamente protegidos tabús contra los placeres demasiado intensos corporalmente y, por tanto, más análogos al placer sexual, no siendo así el caso del placer sublime provocado por el sonido y del menos corporal de todos los placeres, la contemplación de algo bello. Freud pensó que un poder tan inmediato como el de los sentidos del gusto y del olfato, los cuales relacionan a los individuos inmediatamente sin intervención de los convencionalismos de la moral, la estética y la conciencia, fueron y son antagonistas de la cultura. (cf. *ibid.*, p. 46 s.).

²³ Represión básica: se traduce en las «modificaciones» de los instintos necesarias para la perpetuación de la especie y para la asociación humana civilizada. En la civilización, la represión básica y la represión excedente han estado inextricablemente entrelazadas, como hemos visto es el caso de los sentidos del olfato y del gusto. (cf. *ibid.*, p. 49).

más manipuladas, enajenadas y estrechamente vinculadas con las relaciones sociales establecidas por la sociedad industrial avanzada.

En este mundo de la dominación y de la represión excedente, no obstante la resignación frente al poder y la dócil aceptación del modelo de amor desdichado (representado en el mito de Tristán²⁴), florece la simulación asevera Marcuse. En el ámbito social es “respetada” la sexualidad patriarcal, pero en el ámbito privado florece la infidelidad tanto de hombres como de mujeres. La pregunta pertinente aquí sería ¿los instintos sexuales realmente logran ser controlados a través de la sexualidad patriarcal? o ¿se transforman en sentimientos y pasiones autodestructivas? o ¿simplemente se ocultan hipócritamente? La sexualidad patriarcal ¿encuentra consonancia en lo que hoy conocemos sobre la naturaleza de los instintos sexuales humanos? En el capítulo III presentaré algunos datos sobre el comportamiento sexual y social en diferentes especies de primates; a través de esos estudios, y de otros más de corte biológico y evolutivo podemos visualizar aspectos del comportamiento sexual humano que parecen entrar en conflicto con la sexualidad patriarcal. Marcuse asevera que los instintos no pueden ser acallados, y que la represión sexual produce alteraciones instintuales peligrosas, en una palabra, el debilitamiento de eros –instintos sexuales y de la vida- provocado por la represión patriarcal desemboca en la autodestrucción del individuo y de la civilización; esta es la tesis conductora en *Eros y civilización*.

²⁴ *Ibid.*, p. 96

PLATÓN

Para los antiguos griegos el cuerpo era sumamente importante, admiraban su belleza, su juventud, su salud y el amor que inspiraba. Y aunque en la actualidad se ve en el amor un sentimiento y una pasión relativa a la psicología del individuo, en la Grecia antigua se veía en el *eros* -el amor- una fuerza natural y primordial relacionada no sólo con la atracción sexual, sino también con la amistad y con la política. *Erótico*, en efecto, era propiamente todo lo que une, lo que armoniza los contrastes sin negarlos, lo que consigue mantener unidas entre sí a realidades distintas, dioses y seres humanos, amor sexual y espiritualidad.

Para Platón el *eros* consiste en una *fuerza cósmica* (que mueve todo en el universo, para algunos oradores del *Banquete* es un dios) con la que el hombre interactúa; se trata esencialmente de un *deseo de belleza*. La belleza es el fin y el objeto del amor, y siempre es el *anuncio* del bien; incluso cuando se trata de los cuerpos, contiene un impulso hacia algo superior, pues la cópula persigue la inmortalidad a través de la procreación de un nuevo ser, es también un intento de regresar a la condición de la originaria perfección del *ser* (en Aristófanes la condición originaria está representada por los seres humanos antes de ser separados en mitades por Zeus) y, en último término, el amor por el cuerpo es el primer escalón que conduce a la contemplación de la Belleza en sí.

La pederastia

Conviene aclarar que la pederastia de la Grecia antigua no es sinónimo ni de la pederastia, ni de la homosexualidad modernas. En lo que respecta al *Banquete*²⁵, la pederastia existía con o sin contacto sexual, y se refería a la devoción existente entre el maestro y el discípulo, invariablemente entre un adulto y un adolescente. Esta práctica era permitida si se observaba la regla de tomar como amados sólo a aquellos muchachos que estuvieran en la edad, justamente antes de que les apareciera la barba, edad en la cual se consideraba que su conciencia empezaba a despertar. La pederastia tenía como fin embellecer tanto física como espiritualmente al muchacho amado pero, definitivamente, implicaba una preferencia homosexual. También la homosexualidad “simple” existía como existió en todos los países y épocas, pero era mal vista por los atenienses; la penetración era causa de vergüenza, por lo que el hombre penetrado era igualado a la mujer o al esclavo.

El Platón del *Banquete* defiende la pederastia porque ve en la relación amorosa maestro-discípulo una excelente oportunidad educativa. El *Banquete* revela el modelo sexual ya sea libremente aceptado o impuesto a los varones, y también desvela los mecanismos culturales que pretenden controlar los apetitos sexuales (la obtención de placer a través del cuerpo), por ejemplo el enaltecimiento de la valentía y la trascendencia, el amor por el alma, por el conocimiento y por la trascendencia.

Ahora bien, como iremos viendo, en la Grecia de Platón la pederastia es resueltamente aceptada en algunas regiones, mientras que en otras es condenada; la postura de Atenas es complicada y ambivalente, aceptando unas cosas y rechazando otras. Si nos vamos un poco más atrás de Platón en la historia, encontramos en Homero el encomio de los amores entre héroes; la costumbre pederástica se origina en del ideal guerrero espartano en la época de las migraciones de las tribus. Los largos períodos que mantenían a los

²⁵ cf. Peinado Vázquez, Rosa Verónica, *La falta de Eros: La pederastia socrática como modelo educativo*, p. 13 s. (Tesis doctoral de la U.N.A.M.), 2005

hombres fuera de sus hogares representaban un problema; una de las soluciones para mantenerlos fieles a las causas guerreras, fue encontrada en la promoción del amor entre varones. Mas cuando fue quedando lejos el ideal guerrero, la pederastia empieza a declinar, cosa que ocurrió poco después de la época en que nace el *Banquete*. Entonces la pederastia deja de ser un ideal ético, y sólo perdura en los siglos posteriores de la antigüedad como una práctica viciosa y despreciable de los *cinaedi*.²⁶ El viejo Platón de las *Leyes* la repudia lisa y llanamente como contraria a la naturaleza. El punto de vista de historia comparada que Pausanias adopta en su discurso, revela que el *Banquete*, como ha dicho Werner Jaeger, es una especie de jalón en la línea divisoria entre la sensibilidad de la Grecia antigua y la de la Grecia posterior.

Quiero enfatizar la relación existente entre la sexualidad y los ideales culturales. Si la acumulación de propiedad privada, entre otros, es el ideal cultural, la sexualidad patriarcal ayudará a conseguirlo; a la Grecia homérica, con la figura guerrera como ideal, la sexualidad pederástica prestaba un buen servicio cultural.

En este *Diálogo* los distintos oradores intentan en cierto sentido frenar los apetitos sexuales, pero el desprecio del cuerpo como lastre del alma –en todos los individuos y como valor universal- culminará en el cristianismo con la sexualidad patriarcal. Del diálogo *Fedón* no me ocuparé en este trabajo, pero conviene aclarar que las palabras de Sócrates contenidas en él propiciaron, en cierta medida, que en la Edad Media se interpretara a Platón como un precursor del cristianismo²⁷; sus palabras fueron falseadas como un profundo desprecio por el cuerpo, sin tomar en cuenta el contenido de otros diálogos igualmente importantes. Ciertamente, en el *Fedón* existe una fuerte tensión moral y una espiritualidad ascética (originadas en el dolor por la condena a muerte de Sócrates), pero el cristianismo quiso interpretar las palabras del

²⁶ In the Rome of the early Empire, there were many men who threw off the conventions of traditional Roman manhood and instead assumed an "effeminate" appearance and manner, thereby, in the usual case, advertising their eagerness for sexual encounters with other males. These were the "softies" (molles), the *cinaedi*. cf. Jaeger, Werner, *Paideia*, p. 573 s.

²⁷ cf. Gispert, Carlos, *Atlas Universal de Filosofía*, p. 624 s.

Fedón como una penetrante tiranización del cuerpo, la cual se sigue arrastrando en la actualidad.

Platón critica la retórica, la sofística y la transacción

A través del *Banquete*, Platón critica las herramientas argumentativas de su tiempo. Este asunto es de suma importancia para mi trabajo, pues nos orienta hacia la reflexión acerca de las herramientas y los argumentos utilizados, antiguamente y en nuestros días, para justificar la imposición de la sexualidad patriarcal.

En el contexto de la inclinación sexual de los hombres adultos por los jóvenes se enmarca el discurso de Fedro. Su discurso es muy importante para Platón, ya que Fedro es representativo de una parte importante de la sociedad de aquella época; es un individuo “preocupado de su salud, atento a su higiene, lleno de fe en los teóricos de la medicina así como de la retórica y de la mitología, curioso de saber, aunque carente de juicio crítico, superficial en sus curiosidades e ingenuo en la expresión de sus sentimientos, admirador ferviente de las reputaciones debidamente catalogadas y consagradas”.²⁸ A través del discurso de Fedro, Platón critica la retórica y la sofística. Ambas fueron las herramientas de argumentación más socorridas de la época; estas herramientas utilizadas para convencer acerca de una hipótesis que carecía de fundamentos sólidos son atacadas por Platón en nombre de la única forma de argumentar acerca de algo: *hablar con la verdad*. Por carecer de información acerca del amor, Fedro se involucra en un discurso retórico y sofístico; asegura que *Eros* es un gran dios admirable por su nacimiento y por ser el más antiguo; defiende esta afirmación aludiendo a las palabras de poetas como Hesíodo y Parménides.

²⁸ Velásquez, Óscar, *Platón: el Banquete o siete discursos sobre el amor*, p. 49.

Pausanias utiliza, según Jaeger²⁹, la llamada herramienta de la transacción, la que debió ser muy socorrida, ya que Platón le dedica un gran espacio. La concepción de Pausanias, como veremos en el próximo capítulo, requiere la “coincidencia” del instinto sexual con los ideales éticos; sólo de esta manera el aspecto físico de eros queda justificado. Pero el hecho de que Pausanias se tropiece con el problema de hacer coincidir estos dos aspectos, es prueba suficiente de que se trata de una mera transacción, expresa Jaeger. Hacer transacciones para hacer coincidir los valores sexuales y los ideales es una herramienta utilizada, creo yo, no sólo por Pausanias, sino también por el judeo-cristianismo; un ejemplo de ello es la transacción entre propiedad privada y amor heterosexual monógamo y fiel para toda la vida.

El discurso de Agatón es una pieza magistral de la retórica, de la sofística y de la poética; su aportación es significativa porque es considerado el poeta trágico más importante después de los tres grandes, y es discípulo directo de Gorgias. Aunque Platón los critica, reconoce que existen sofistas y retóricos talentosos, y que conviene estar atentos a la forma que tienen de ordenar y argumentar las ideas en el discurso, ya que aquel que domina el lenguaje y la exposición cuenta también con una gran capacidad de convencimiento. Platón pone el dedo en la llaga en estos dos discursos, pues actualmente siguen siendo utilizadas herramientas que tienen que ver, más que nada, con la belleza retórica, y no con el conocimiento acerca del problema que pretende resolverse.

Erixímaco defiende la medicina como ciencia que puede dar cuenta de la naturaleza humana; pero su defensa de la teoría de los contrarios resulta también una plétora retórica. Ahora bien, es sumamente importante enfatizar que el desacuerdo de Platón con Erixímaco va más allá de la retórica. Platón creía firmemente que la filosofía era la única vía que podía dar cuenta de la naturaleza del ser humano. Aquí nos encontramos frente a la disputa entre medicina y filosofía; cada una de ellas toma con el tiempo rumbos distintos que se excluyen mutuamente. Hoy filosofía y ciencia siguen confrontadas, no

²⁹ cf. *Paideia*, p. 572

obstante que muchas investigaciones requieren de la cooperación interdisciplinaria, pues de otra manera seguirán desarrollándose teorías parciales.

En el capítulo II regresaré al *Banquete* para revisar los supuestos teóricos que subyacen, en los distintos discursos, a las hipótesis acerca del amor, culminando con la concepción platónica propiamente dicha. Expongo ahora, adoptando otro punto de vista, algunos datos que Potts y Short ofrecen en torno a ciertos presupuestos que, aunque no son susceptibles de ser validados empíricamente, o que hoy resultan obsoletos, siguen permeando, de alguna manera, la concepción patriarcal de la sexualidad. La presentación de datos no es de ninguna manera exhaustiva, no obstante, creo que resulta iluminadora en lo que se refiere a algunos de los supuestos que se asumen sin cuestionamiento o, peor aún, que se ignora que están a la base de nuestras concepciones con respecto a la sexualidad.

Los albores de la ciencia

El sexo puede ser motivo de alegría y/o de frustración; pero a veces, como expresan Potts y Short:

“... creamos conflictos sexuales donde no deberían existir y la historia de las ideas está repleta de ejemplos en los que se han ido alimentando ligeras perturbaciones mentales hasta convertirse en ideologías destructivas. Los primeros padres de la iglesia cristiana y los pensadores medievales realizaron una interpretación falsa y terrible de la creación humana. El teólogo del siglo XIII Bromyard escribió: «Una mujer hermosa es un templo construido sobre una alcantarilla».³⁰

Otro ejemplo (en pleno siglo XIX): Philip Henry Grosse, predicador fundamentalista inglés y miembro de la Royal Society, en su libro *Omphalos: An Attempt to Untie the Geological Knot*, publicado dos años antes de *El origen de las especies* de Darwin, sostenía que:

“Dios creó los ombligos en el jardín del Edén y fósiles de peces en las cimas de las montañas a fin de probar y confundir a la humanidad”.³¹

Los mitos griegos también siguen jugando un papel muy importante. Por ejemplo, el mito de Aristófanes en el *Banquete* sigue siendo actual de alguna manera, ya que velado y totalmente descontextualizado, sigue presente en la concepción cristiana de la sexualidad:

“Por desgracia muchos mitos ancestrales se encuentran en abierto conflicto con las nuevas explicaciones que proporciona la ciencia.”³²

³⁰ cf. Potts, Malcolm y Short, Roger, *Historia de la sexualidad*, p. 14

³¹ *Ibid.*, p. 15

³² *Ibid.*, p. 16

Y refiriéndose particularmente al mito del andrógino, Potts y Short expresan que:

“...parece probable que la verdadera intención del Antiguo Testamento fuera describir al Adán primordial como gineandromorfo, masculino en un costado del cuerpo y femenino en el otro. Dios lo partió en dos y quedaron un hombre y una mujer, lo cual explica la creencia de la iglesia en el matrimonio monógamo. La misma ceremonia cristiana de matrimonio se veía como la reunión simbólica indisoluble de esas dos mitades, y de ahí la declaración en el oficio religioso de que «a quienes Dios ha unido que no los separe el hombre».”³³

Fue Aristóteles, señalan ambos autores, el primero en buscar una explicación científica para la reproducción humana a través de la observación de los animales. Y si bien en aquella época las teorías aristotélicas no podían ser refutadas, hoy sabemos que son erróneas y, sin embargo, siguen influyendo en el universo sexual sin que se tenga la menor sospecha de ello.

Aristóteles nació en 384 a.C. y, a través de años de estudio, llegó a la conclusión de que al embrión humano lo producía la «semilla» del varón que simplemente se nutría de la «tierra» o sangre menstrual, la cual no contribuía materialmente al embrión en sí. También Esquilo declaró que la madre no contribuye en nada al feto recién concebido, sino que es el varón el autor de su ser. Cuando Moisés exhortó a los israelitas a tomar venganza de los aborrecidos madianitas (Números 31, 17-18), exponen Potts y Short, dio la orden “Matad, pues, a todos los niños varones. Y a toda mujer que haya conocido varón, que haya dormido con varón, matadla también. Pero dejad con vida para vosotros a todas las muchachas que no hayan dormido con varón.” Ello tiene sentido en una sociedad que consideraba que la mujer no aportaba nada material a la generación siguiente, sino que simplemente servía como incubadora para facilitar el desarrollo de la semilla masculina a huevo, embrión y feto.

Aristóteles postuló también (según Potts y Short) que todos los huevos estaban dotados de un alma vegetativa que daba forma al embrión en

³³ *Ibid.*, p. 17

desarrollo, y que el momento en el cual la madre empieza a sentir los movimientos fetales, constituía el segundo estadio, el de la infusión del alma; por último llega el alma racional; esta transmite la capacidad de razonar y pensar. Pero Aristóteles ni siquiera aventuró una conjetura acerca de en qué etapa del desarrollo podía acontecer esto; no obstante, la interpretación de la reproducción de Aristóteles perdura en la cultura occidental actual. Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, acepta íntegramente estos conceptos aristotélicos, postulando que «en la generación del hombre, primero aparece la criatura viviente, luego el animal y por último el hombre». Es por esto que:

“...la iglesia católica primitiva opuso menos objeciones morales al aborto que al infanticidio, e incluso desaconsejaba bautizar a un niño demasiado pronto, no fuera a ser que no hubiera adquirido su alma racional.”³⁴

En 1588, el Papa Sixto V intentó prohibir el aborto exponiéndolo como un asesinato; pero el Papa Gregorio XIV, en 1591, vuelve al concepto de que el feto tenía que estar formado y animado para que el aborto pudiera equipararse al asesinato.

“No fue hasta 1869 cuando el Papa Pio IX declaró que el aborto, en todos los estadios del embarazo, era un pecado castigado con la excomunión.”³⁵

La masturbación y el coitus interruptus también eran penados por la iglesia, pues se asumía el postulado aristotélico de que el semen masculino es una esencia pura capaz de suscitar vida en la amorfa sangre menstrual.

En contraste, en la época del florecimiento de la teología islámica se empezaba a reconocer el papel de los ovarios en la reproducción:

“Los dichos del santo profeta Mahoma recogidos en los *hadices* incluyen un versículo que afirma que Dios «creó el semen del hombre y el semen de la mujer. El semen del hombre es espeso y forma los

³⁴ *Ibid.*, p. 22

³⁵ *Ibid.*, p. 23

huesos y tendones. El semen de la mujer es fino y forma la carne y la sangre». Una vez reconocido que las mujeres también aportaban algo a la composición del embrión, se consideró que el semen masculino era en sí incompleto, por lo que no importaba que se perdiera por masturbación o coitus interruptus. Así pues, para el islam moderno la contracepción es moralmente permisible, mientras que el Vaticano sigue condenando todas las formas modernas de planificación familiar.”

³⁶

Finalizo este capítulo esperando que lo expuesto sirva para despertar, en cierta medida, una curiosidad crítica con respecto a las herramientas de argumentación y a los supuestos que asumimos sin mayores cuestionamientos.

³⁶ *Ibid.*, p. 21 s.

Capítulo II

La mayoría de los individuos acepta y reproduce el modelo patriarcal de la sexualidad con toda naturalidad; pero si pensamos en las particularidades de este tipo de sexualidad, es posible que surjan al menos las siguientes dos preguntas: 1) si la sexualidad ha asumido formas diversas tanto en la historia como en distintas culturas, ¿será la sexualidad patriarcal el único modelo factible para la práctica sexual humana? 2) ¿La sexualidad patriarcal tiene alguna correspondencia con el sustrato biológico de los seres humanos?

Estas interrogantes adquieren sentido cuando son consideradas a través de perspectivas como por ejemplo la marcusiana, la platónica y la biológica, porque, de otra manera, quedarían como preguntas absurdas u ociosas.

Herbert Marcuse critica abiertamente, y Platón “veladamente” las concepciones del amor y de la sexualidad de su tiempo, y desarrollan sus propias hipótesis. No obstante, ellos mismos, por ser hijos de su época, conservan elementos de las concepciones que pugnan por destronar. Marcuse rechaza rotundamente la sexualidad patriarcal, la cual es mantenida, según él, entre otras cosas, gracias a las largas jornadas de trabajo (que propician que el poco tiempo de descanso y de ocio sea utilizado para reponer la fuerza de trabajo, y que las conductas sexuales se “reduzcan” al coito) y a la exaltación de los altos valores culturales en detrimento de los componentes placenteros de la sexualidad. No obstante, las hipótesis marcusianas se quedan en el terreno de la argumentación teórica en pleno siglo XX, cuando las ciencias biológicas cuentan ya con un desarrollo importante. Pese a ello, el trabajo de Marcuse tiene un gran mérito reflexivo: se percata de algunas de las grandes contradicciones entre sexualidad patriarcal y civilización industrial avanzada, por ejemplo, entre los intereses privados y los intereses públicos, entre placer sexual y cultura, entre infidelidad sexual y propiedad privada. Asimismo, su

trabajo tiene el mérito de replantear una de las concepciones de la sexualidad más importantes de su tiempo, la de Sigmund Freud.

Por su parte, Platón examina las hipótesis que, en relación con el amor, asumen como primeras premisas la tradición, la existencia de un dios y la medicina. No obstante, la hipótesis de Platón también queda atrapada en el terreno especulativo. De hecho la suposición de que en el ser humano existe una Idea innata de la Belleza en sí es la piedra angular de su fundamentación.

Debo enfatizar que la concepción platónica del amor pederástico en el *Banquete* (concepto que ha quedado definido en el capítulo anterior) responde, más que nada, a una intención educativa por parte del autor, y no a un rechazo de la heterosexualidad. Su intención de educar a los jóvenes lleva a Platón a aprovechar el contexto de la inclinación amorosa de los hombres por los mancebos. Con ese objetivo como meta, Platón dará mayor peso a los ideales culturales y trascendentales que al placer como fin en sí mismo; sin embargo, el amor por el cuerpo juega un papel de suma importancia en su teoría. Asimismo, asume como prácticas sexuales lícitas la pederastia, la heterosexualidad, la asexualidad y, a través del mito presentado por Aristófanes, la homosexualidad y la inclinación por la infidelidad.

El aprendizaje implica, para Platón, la praxis (práctica) ordenada en una serie escalonada de conocimientos particulares. Resulta necesario enfatizar que, como han expresado algunos de los eruditos en Platón (Jaeger por ejemplo), es un error asumir que la hipótesis platónica acerca del amor se reduce a lo expresado en el discurso Sócrates-Diotima. Ciertamente, Platón expone su teoría a través de ese discurso, pero por boca de todos los oradores revisa aspectos que inciden sobre las prácticas amorosas, como por ejemplo: los valores tradicionales (la valentía en la Grecia guerrera), la aceptación social, la fuerza innata de ciertas tendencias que escapan al poder de la razón. Así, la comprensión de la concepción del amor de Platón, quedaría incompleta si no son tomados en consideración los aspectos desvelados en los discursos de los demás oradores del *Banquete*.

MARCUSE

Marcuse pretende destronar no sólo la concepción patriarcal de la sexualidad, sino también la represión derivada de la sociedad industrial avanzada. Él fue uno de los últimos filósofos que interpretaron el proceso histórico como un *progreso*, el cual culminaría en una sociedad sin los antagonismos entre intereses individuales e intereses colectivos, una sociedad capaz de eliminar la represión ocasionada tanto por la escasez de los recursos necesarios para la existencia, como por las concepciones e ideologías del poder que sojuzgan, en nombre de la *razón*, las aspiraciones sensuales de los individuos. Si bien es improbable, si no imposible, defender esta idea del progreso en la historia, su trabajo crítico es importante en relación con los argumentos sobre los cuales está erigida la concepción patriarcal de la sexualidad patriarcal. Y desarrolla una teoría acerca de la naturaleza polimorfa de la sexualidad humana, donde el placer sexual es de suma importancia (aspectos que también encontramos en Platón).

Según Marcuse, las metas de evitar el sufrimiento y de minimizar el antagonismo entre sociedad e individuo ocasionado por la aspiración al placer sexual, a través de la represión del placer, no son alcanzadas por la regulación patriarcal de la sexualidad, lo cual se corrobora diariamente; ejemplos de ello son, aunque parcialmente en su causalidad, la infidelidad, el divorcio, la violación de mujeres e infantes, la violencia intrafamiliar, la desintegración familiar y social, la marginación tanto de hombres como de mujeres, el asesinato y el infanticidio, entre otros males. Como se verá en el capítulo III, algunos de estos comportamientos humanos parecen tener, al menos parcialmente, una explicación biológica y evolutiva; su solución demanda el conocimiento de la naturaleza de la sexualidad humana y no su ocultamiento bajo presunciones cuestionables, conocimiento que conduzca a formular un proyecto cultural que proteja a los individuos más vulnerables.

Marcuse dedicó su obra filosófica a criticar estas y muchas otras aberraciones que nacen y se reproducen en la sociedad industrial avanzada. Criticó la pobreza de las mayorías impuesta por una minoría opulenta, la enajenación de la conciencia y del trabajo, del tiempo libre y de la sexualidad. Criticó la enajenación del *sentido* de la vida, es decir, la suplantación del desarrollo de las potencialidades humanas por el “sentido” de acumular bienes materiales. Marcuse supone encontrar las premisas que permiten derribar la sexualidad patriarcal, la cual devalúa los componentes placenteros en pro de los altos valores de la razón. En las teorías de Freud encuentra tanto el fundamento de su crítica, como las premisas de su hipótesis acerca de la *naturaleza polimorfa* de la sexualidad. Las teorías freudianas le parecen correctas, mas no las conclusiones que Freud desprendió de algunas de ellas. Por ejemplo, Freud aseveró que la cultura sólo puede ser erigida sobre la represión de los instintos sexuales de *eros* (pero también de los instintos de la *muerte*) y que, por lo tanto, *civilización* es sinónimo de represión:

“...el *eros* incontrolado es tan fatal como su mortal contrapartida: el instinto de la muerte; pues su fuerza destructiva proviene de su incontrolable aspiración a la satisfacción. Así, la civilización empieza cuando el objetivo de la satisfacción integral de las necesidades es abandonado”.³⁷

No hay que perder de vista que la idea de Freud, de que la cultura es represión de las metas instintivas, alude por lo menos a dos tipos de represión. En primer término alude a la represión básica, la cual implica la contención de las aspiraciones de *eros* y de *tanatos* dentro del principio de la realidad. Tal represión tiene la finalidad de hacer compatibles las pulsiones de ambos instintos con la conservación de la vida del individuo en el mundo (lo cual requiere tanto de una cierta contención de los instintos, como de una mínima cooperación entre individuos). En segundo lugar alude a la represión que posibilita la reproducción de una forma específica de civilización.

³⁷ Marcuse Herbert, *Eros y civilización*, p. 25

Marcuse asegura que la aseveración de Freud con respecto a la represión es equivocada, por lo cual acuña dos conceptos que permiten aclarar el error freudiano. Desde estos nuevos conceptos despegará su hipótesis acerca de la posibilidad de una cultura no represiva y de la necesidad de liberar la sexualidad a su naturaleza polimorfa.

Marcuse reconoce que la “represión” es inherente al *principio de la realidad*, pero para refutar la ecuación freudiana *civilización-represión*, acuña los conceptos de *represión excedente* y de *principio de actuación*³⁸. Por ejemplo, precisa Marcuse, Freud desacierta al afirmar que la represión social tiene su origen en la *escasez*, es decir, que la obtención de los recursos necesarios para la subsistencia requiere, *necesariamente*, de la represión de los instintos. De acuerdo con esta aseveración de Freud, los instintos deben ser dirigidos y enfocados a solucionar el problema de la *eterna y primordial lucha por la existencia*. Según Freud, la escasez le enseña al hombre que no es posible vivir bajo el *principio del placer*, entonces, afirma Marcuse, la *motivación* social que modifica la estructura instintiva es “económica”, ya que las energías deben ser canalizadas de las actividades sexuales al trabajo para sostener la vida. Este argumento de la metapsicología freudiana es falaz, agrega Marcuse, en cuanto aplica el “hecho bruto de la escasez” al *principio de la realidad* sin percatarse de que ello es tan sólo el producto de una *organización* específica de los recursos. Por ello, asegura Marcuse, la escasez y la represión derivada de ella no son inherentes a la vida humana; es la pésima distribución de la riqueza lo

³⁸ Para evitar las confusiones en las que incurrió Freud con respecto a la represión, Marcuse acuña el concepto de principio de actuación con el fin de diferenciarlo del principio de la realidad freudiano. Gracias a este nuevo concepto, Marcuse puede diferenciar la represión proveniente del primero con respecto a la proveniente del segundo. Freud, expresa Marcuse, asumió que la represión es inherente a la vida humana en la forma de principio de la realidad, la cual tiene un valor universal; no obstante, agrega Marcuse, existe otro tipo de represión que es añadida, innecesariamente, a la represión básica; esta segunda forma de represión, la represión excedente, está en directa correspondencia con la organización de la realidad (relativa a la organización capitalista, socialista, feudal, de la polis de la Grecia antigua, la sexualidad patriarcal, etc.), es decir, el principio de actuación.

En lo que respecta a los impulsos sexuales, el *principio de actuación* ha hecho su trabajo, enfatiza Marcuse, puesto que la «contención» o la represión de los *impulsos sexuales parciales* (olfato, tacto, gusto oído), como formuló Freud, propició el progreso hacia la genitalidad e hizo posible el placer intensificado, toda vez que la maduración del organismo implica también la maduración normal y natural del placer.

que propicia que el trabajo deba ser mantenido como una pesada carga represiva sobre los instintos sexuales.³⁹

En otro tenor, Marcuse expone que Freud interpreta tanto la *tendencia* cultural represiva de la sexualidad, así como la *disposición* auto-represiva del individuo, como mediadas por la internalización de la represión desde la horda original.⁴⁰ De ahí que las experiencias infantiles contengan un carácter preindividual perteneciente al género humano⁴¹, ellas son reacciones defensivas, en primer lugar, en contra del complejo de Edipo, esto es, de las manifestaciones pregenitales y perversas de ese complejo; en segundo lugar, en contra de las primeras expresiones del instinto de la muerte que, liberadas con el «trauma del nacimiento», impulsan a los individuos a regresar al Nirvana de la matriz. La presencia temprana e inconsciente de ambos impulsos requiere, según Freud, de un control sistemático por parte de la sociedad y del individuo.

Marcuse se pregunta por qué Freud pensó que era necesario reprimir los instintos sexuales a través de la organización patriarcal de la sexualidad, y responde que tal aseveración se debió a que asumía que el *principio del placer* gobierna los instintos sexuales *sin organizar*. Desde ese punto de vista, en el ámbito del principio del placer, la reproducción sería meramente un producto casual, ya que el contenido primario de la sexualidad es la *función* de obtener placer de las zonas del cuerpo. Esta *función* de la sexualidad representaba para Freud un peligro para la cultura, pues la aspiración al intenso placer sexual no deja espacio para nadie más que para la pareja, y puede poner en riesgo incluso la vida:

“...El conflicto entre la civilización y la sexualidad es provocado por la circunstancia de que el amor sexual es una relación entre dos personas, en la que una tercera sólo puede ser superflua y perturbadora, y en cambio la civilización está fundada en las relaciones

³⁹ cf. *Ibid.*, p. 46

⁴⁰ La horda original, según Freud, existió en los inicios, justamente antes de lo que se puede llamar propiamente civilización. Ahí el *padre original* detentaba todo el poder e imponía la represión del placer a todo los integrantes del grupo.

⁴¹ cf. *Ibid.*, p. 63 s.

entre grupos de personas más vastos. Cuando una relación amorosa está en su máxima altura no deja espacio para ningún otro interés en el mundo de alrededor; la pareja de amantes es suficiente en sí misma, ni siquiera necesita al niño que tengan en común para ser felices.”⁴²

Freud entra en una contradicción, explica Marcuse, cuando dice, por un lado, que la fuerza explosiva de la sexualidad milita en contra de la civilización y, por otro lado, que la sexualidad puede llegar a ser el probable *sustituto* del *instinto hacia la perfección*, el poder que *mantiene unido todo en el mundo*:

“...en ningún otro caso *eros* revela el centro de su ser, su propósito de hacer uno a partir de muchos; pero cuando lo ha alcanzado del modo proverbial, a través del amor de dos seres humanos, no desea ir más allá.”⁴³

Esta contradicción no puede ser eliminada, advierte Marcuse, localizando la fuerza cultural constructiva de *eros* sólo en las formas sublimadas de la sexualidad porque, de acuerdo con Freud, el impulso por formar grupos cada vez mayores pertenece a la naturaleza biológica orgánica de *eros*. Estos aspectos contradictorios de la sexualidad reflejan la irreconciliable tensión en la teoría de Freud, pues contra la noción del conflicto biológico inevitable entre el principio del placer y el de la realidad (entre la sexualidad y la civilización), milita la idea del unificante y gratificador poder de *eros* encadenado, consumido y condenado en una civilización enferma. Añade Marcuse que *eros* libre no impide el desarrollo de relaciones civilizadas, pero que sí se resiste a la organización sobre-represiva, la cual supone la negación del principio del placer.⁴⁴

Como podemos ver, Marcuse indaga la naturaleza de la sexualidad, lanza una teoría de esa naturaleza, y declara que existe en *eros* una fuerza “constructiva” y “civilizatoria”. Marcuse tiene la idea de que la liberación de las fuerzas inconscientes de *eros* implica, necesariamente, el florecimiento de una civilización ideal (sin represión y casi feliz). Esa idea implica la “existencia” de

⁴² *Ibid.*, p. 51

⁴³ *Ibid.*, p. 52

⁴⁴ cf. *Ibid.*, p. 52

una “energía natural” en el individuo, que existe también, de alguna manera, subsumida en la “naturaleza de la cultura”, casi como una fuerza “divina” de la razón que seguirá un rumbo que ha sido preestablecido.

Freud se percata de que los conflictos de “no desear la mujer, o el hombre del prójimo” y “de no desear al individuo del mismo sexo” existen irremediablemente y que el sistema patriarcal no lo resuelve. Se percata también de que, como consecuencia de la sobre-represión sexual, la civilización se sumerge en una dialéctica destructiva, pues las perpetuas restricciones impuestas sobre *eros* debilitan finalmente los instintos de la vida y fortalecen y liberan las mismas fuerzas contra las que fueron llamadas a luchar: las fuerzas de la destrucción.⁴⁵ Esto hace *necesaria*, expresa Marcuse, la liberación de la sexualidad de su organización patriarcal.

La fantasía y la naturaleza de la sexualidad

Marcuse afirma que la naturaleza de la sexualidad es polimorfa y que su finalidad es la obtención de placer, no la reproducción. El modelo patriarcal es antagonista a esa naturaleza, afirma. ¿Dónde encuentra los contenidos de esa naturaleza, si, como hemos visto, las aspiraciones de los instintos humanos no sólo han sido modificadas culturalmente desde la horda original, sino que la auto-represión está inextricablemente ligada a los deseos más recónditos? Marcuse resuelve el dilema apelando a una instancia cognitiva de la razón: la fantasía.

Marcuse sigue a Freud en la tesis de que, en sus inicios, el ego era guiado por la totalidad de su energía mental, y que el proceso histórico ocasionó que el ego sólo quedara regido por la razón que decide lo que es bueno o malo, útil o inútil, es decir, reprimido y culturalizado. En cambio, la fantasía quedaría intacta, preservando el recuerdo del pasado sub-histórico (la imagen de la

⁴⁵ cf. *Ibid.*, p. 53

unidad inmediata entre lo universal y lo particular bajo el principio del placer, anterior a toda civilización y al homo sapiens):

“...la fantasía cancela, incluso, el mismo principium individuationis, en este hecho se encuentran quizás las raíces de la relación de la fantasía con el *eros* original, donde la sexualidad es la única función de un organismo viviente que se extiende más allá del individuo y asegura su conexión con su especie.”⁴⁶

Según Freud, la *fantasía*, como parte del aparato mental, liga los yacimientos inconscientes con los más altos productos del consciente, los sueños con la realidad, *preserva las ideas reprimidas* tanto de la memoria individual como de la colectiva. La *fantasía* está relacionada directamente con los instintos sexuales y con los valores del *principio del placer*.⁴⁷ Por estas características, la *fantasía*, expresa Marcuse, se revela contra la sexualidad patriarcal, porque contiene una afinidad con las perversiones que aspiran a la realización de los instintos sin represión. Marcuse afirma que la *fantasía* es una capacidad cognitiva por derecho propio, capaz de evocar la imagen de la naturaleza polimorfa de la sexualidad, capacidad cognitiva que contiene leyes y valores que no son contrarios, ni antagónicos a la organización civilizada de la humanidad.

Freud expresó que la *fantasía* puede trasladarnos hasta los contenidos inconscientes de *eros* resguardados en el id, los cuales conservan el *recuerdo* de la unión de *eros* con *el principio del placer*. Ese *recuerdo* pugna por la gratificación integral, por la ausencia de privación y de represión, por la identificación entre necesidad y libertad. Recuerda la identificación entre el *individuo* y *el todo*. Freud describe el *contenido ideacional* de los sentimientos primarios sobrevivientes del ego como una *ilimitada extensión y unidad con el universo*: el *sentimiento oceánico* (descrito por Freud en *El malestar en la cultura*).

⁴⁶ *Ibid.*, p. 39 s.

⁴⁷ cf. *Ibid.*, p. 138

Según Marcuse, las *cualidades* de la *naturaleza* de la sexualidad, correspondientes a los contenidos inconscientes de *eros* (los sentimientos primarios sobrevivientes del ego) son evocadas en los cantos de Orfeo y de Narciso. Evocan la necesidad de pacificar y de liberar el mundo humano, evocan las aspiraciones de *eros* que pugna siempre por que reine el placer:

“En Orfeo se puede encontrar, asimismo, la imagen de la negación de la sexualidad procreativa, es por ello que la tradición clásica asocia a Orfeo con la introducción de la homosexualidad.”⁴⁸

El contenido de estos cantos se rebela contra la cultura basada en el esfuerzo, la dominación y la renuncia al placer. Más aún, el contenido del canto de Narciso reconcilia entre sí a *eros* y a *tanatos*. Las aspiraciones de *tanatos* no son un peligro (como asumió Freud), pues la detención del tiempo y la absorción de la muerte, del silencio, del sueño y de la noche no son concebidos como muerte. En el ámbito de la identificación entre el placer y la *fantasía*, el principio del *Nirvana* ya no es concebido como muerte, sino como vida. Concluye Marcuse⁴⁹:

“...su silencio [el de Narciso] no es el de la rigidez de la muerte; y cuando desprecia el amor de los cazadores y ninfas, rechaza un *eros* por otro. Vive para un *eros* propio, y no sólo se ama a sí mismo, puesto que él ignora que la imagen que admira es la suya. Si su actitud erótica está emparentada con la muerte y trae la muerte, ese descanso, ese sueño y esa muerte no están dolorosamente separados y apartados, pues el principio del *Nirvana* manda en todos estos estados. Y cuando muere sigue viviendo como una flor que lleva su nombre.”⁵⁰

De los cantos de Narciso y de Orfeo extrae Marcuse el simbolismo de una actitud erótica no represiva (del placer) frente a la realidad, y extrae el *recuerdo* de la unión del individuo consigo mismo y con su entorno dentro de una realidad placentera. Una actitud erótica que une armoniosamente lo uno con el todo.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 163

⁴⁹ cf. *Ibid.*, p. 157

⁵⁰ *Ibid.*, p. 159 s.

Marcuse expresa que las *imágenes* tomadas de la tradición artístico-mitológica pueden ser confrontadas, para su fundamentación teórica, con la teoría de la libido de Freud, particularmente, con la teoría del *narcisismo primario*. Marcuse enfatiza que el descubrimiento e introducción del narcisismo primario en el psicoanálisis marcan un nuevo punto de partida en el desarrollo de la teoría de los instintos, significan algo más que la adición de otra fase al desarrollo de la libido. Con el *narcisismo primario* aparece otra relación existencial con la *realidad*. Es algo más que autoerotismo, dice Marcuse, pues integra al ego narcisista con el mundo objetivo, con el medio ambiente que lo rodea. La relación antagonista “normal” entre el ego y la realidad exterior, expresa Marcuse, es sólo una forma y un estado posteriores de la relación entre el ego y la realidad, puesto que, en la *relación primaria* (expresión marcusiana), donde el niño se experimenta como un todo con lo que lo rodea, no es capaz aún de discernir que es un individuo separado del ambiente exterior, explica Marcuse.⁵¹

Esta relación *pre-antagonista* con la realidad (en donde el narcisismo primario sobrevive como un elemento constitutivo en la construcción de la realidad, coexistiendo con el ego maduro de la realidad), asegura Marcuse, posibilita la generación de un nuevo y comprensible orden existencial.⁵² Para Marcuse esta relación pre-antagonista no sólo habla de los *contenidos* de las aspiraciones de *eros* bajo *el principio del placer*, sino que también habla del proceso histórico como *progreso* que posibilita un nuevo orden existencial que pugna, desde el inconsciente, por establecerse (terreno que no voy a abordar en este trabajo).

Marcuse asume que el *narcisismo primario* contiene el germen y genera las leyes propias de un *principio de la realidad diferente*, dentro del cual la catarsis libidinal del ego (nuestro propio cuerpo) es la fuente y el depósito de reserva de una nueva catarsis libidinal del mundo objetivo (este aspecto está presente en la escala erótica de Platón). Un mundo que no reprime los

⁵¹ cf. *Ibid.*, p. 160 s.

⁵² cf. *Ibid.*, p. 161

componentes placenteros del cuerpo, sino que los reconoce, los revalora y los reinstala al lado de la razón. En este sentido, Marcuse asevera que la liberación del individuo de las largas jornadas de trabajo y de la sexualidad patriarcal propiciará el libre esparcimiento del cuerpo, el cual re-sexualizará todas sus zonas más allá de los genitales, y reactivará la sexualidad polimorfa pre-genital. Esto no tiene por qué significar que el mundo se llenará de maniáticos sexuales⁵³, expresa Marcuse, y agrega, las perversiones que han existido, y que perduran hoy en día, serán muy distintas dentro de una cultura no represiva. Las perversiones no son enfermizas en sí mismas (según Marcuse), pues una relación sadomasoquista, elegida libremente, es cualitativamente distinta a una relación sadomasoquista practicada por las SS en un mundo de represión. Particularmente, este punto de las perversiones es muy delicado; creo yo, definitivamente, que su aceptación radicaría, necesariamente, en el *respeto por la libre decisión del otro*. Por ejemplo, la pederastia moderna no puede justificarse de ninguna manera, toda vez que un infante está menos preparado para reflexionar acerca de si una experiencia puede resultar enriquecedora o nociva para su desarrollo posterior.

Marcuse señala que la idea de liberar la sexualidad escandaliza hasta a los más letrados. Entonces apela, en contra del temor de que se establezca en el mundo una anarquía sexual, a un argumento basado en la idea de Freud de que *la libertad sexual irrestringida desde el principio* da como resultado la falta de satisfacción total:

“Es fácil demostrar que el valor que la mente establece en las necesidades eróticas se hunde instantáneamente tan pronto como la satisfacción llega a ser fácilmente obtenible. Se necesita algún obstáculo para mantener la marea de la libido en su máxima altura.”⁵⁴

De aquí deduce Marcuse que los *obstáculos naturales* en el instinto, lejos de negar el placer, pueden funcionar como un premio al placer. El placer contiene un elemento de autodominio, esa es la señal del triunfo humano

⁵³ cf. *Ibid.*, p. 188

⁵⁴ *Ibid.*, p. 209 s.

sobre la necesidad ciega, asegura Marcuse. Ciertamente, añade, el desarrollo de la vida tanto del individuo como de la civilización dentro del *principio del placer* engendrará antagonismos, dolores y frustraciones, pero estos conflictos tendrán en sí mismos un valor libidinal: estarán recubiertos por la racionalidad de la gratificación, porque esa razón *sensual* contiene sus propias leyes morales, asegura.⁵⁵ Esta aseveración de Marcuse es difícil de sostener, pues él siempre está instalado en la creencia de que el progreso histórico contiene una racionalidad libidinal que está pugnando por establecerse; no obstante, su aportación en el sentido de que ninguna norma moral ajena a la naturaleza de la sexualidad triunfará en su intento, resulta interesante a la luz de algunos datos científicos que apuntan hacia la diversidad de las preferencias sexuales, tanto a la fidelidad como a la infidelidad como expresiones biológicas y evolutivas, al desgaste natural del enamoramiento y a cierta propensión humana por establecer vínculos de pareja a largo plazo (apego). Pero el desgaste del enamoramiento no implica el triunfo sobre el placer, puesto que persiste la posibilidad y el interés en nuevos enamoramientos, aunque ello implique, en muchos casos, la desintegración de una familia. De una forma o de otra, el ser humano tiene que lidiar con el placer, pero también puede imaginar y promover escenarios culturales que disminuyan el antagonismo entre los intereses culturales y los sexuales particulares, escenarios que estimulen las relaciones solidarias y afectivas entre los individuos.

Concluyendo: para Marcuse, la naturaleza de la sexualidad es pulsión por el placer, es pasión por el cuerpo, es instinto de vida y pasión por la vida, es libre asociación entre individuos con distintas preferencias sexuales, es polimorfo-perversa, es reencuentro y vivencia del sentimiento oceánico, es lo que liga al individuo consigo mismo, con su especie y con su entorno. La sexualidad patriarcal es, desde esta perspectiva marcusiana, un reprimido, empobrecido y debilitado eros, al cual un día no le restarán bríos para oponerse a las terribles demandas de su hermana de sangre, la muerte.

⁵⁵ cf. *Ibid.*, p. 210 s.

No comparto la metodología filosófica de Marcuse de corroborar sus propias hipótesis a través de otras hipótesis teóricas (el psicoanálisis freudiano), pues ello lo sumerge en la elucubración teórica. Me parece interesante su trabajo crítico en torno a la sociedad y la sexualidad patriarcal; estoy de acuerdo con él en cuanto a que el patriarcado no reconoce como prácticas lícitas la bisexualidad, la homosexualidad, la transexualidad y la monogamia sin fidelidad sexual. No creo que la sexualidad patriarcal deba ser desterrada como Marcuse lo señaló, pero creo que debe decirse abiertamente que tiene en la biología humana a su peor contrincante. En todo caso, la sexualidad patriarcal puede coexistir al lado de otras prácticas sexuales y de otras formas de familia elegidas libremente, siempre respetuosas de la libertad de los otros individuos. La hipótesis de Marcuse en relación al polimorfismo sexual como uno de los medios que posibilitan el desarrollo de relaciones humanas civilizadas, no puede ser corroborada de la manera en que él lo pretendió.

En el capítulo III expongo algunas ideas, provenientes de las ciencias biológicas, que interpretan el polimorfismo sexual (heterosexualidad, homosexualidad, bisexualidad, asexualidad, transgénero, fidelidad, infidelidad, enamoramiento, apego y desapego) como una práctica que promueve la vida, la subsistencia, los lazos y las redes sociales en algunas especies de animales superiores.

PLATÓN

El *Banquete* es uno de los pocos escritos griegos antiguos que se conservan sobre el amor. A través de él podemos acercarnos un poco a las prácticas sexuales de la Grecia antigua, en donde el cuerpo era valorado, celebrado y admirado.⁵⁶ Por medio de este *Diálogo* nos acercamos a las formas a través de las cuales los oradores tratan de resolver el dilema de los conflictos entre intereses privados y culturales ocasionados por la aspiración al placer sexual. Y aunque Platón enfoca su teoría a través de la lente de la paideia (educación) pederástica, integrará a su reflexión elementos de los otros discursos. Tendremos ocasión también de encontrar ciertas coincidencias entre Platón y Marcuse, por ejemplo: el placer corporal (sexual) es apreciado como el engranaje que pone en funcionamiento la construcción tanto de la personalidad, como de la cultura. Asimismo, ambos autores reconocen en el ser humano una tendencia innata, biológica u ontológica hacia la heterosexualidad, la homosexualidad, la bisexualidad, la fidelidad, la infidelidad y hasta por la asexualidad.

El fundador de la Academia está muy consciente de la influencia que la cultura ejerce en las concepciones que los individuos tienen acerca del amor. Deja muy claro este aspecto al inicio del *Diálogo*, pues el lector se entera del contenido de los discursos externados en la casa de Agatón sólo a través de lo narrado por Apolodoro –quien no estuvo presente en el banquete. De lo expresado en los discursos, tanto los que no estuvieron presentes en el banquete, como los lectores del *Diálogo*, se enteran por Apolodoro, quien a su

⁵⁶ El cuerpo fue devaluado desde la aparición del cristianismo. La actitud reprobatoria del cuerpo se consuma en la destrucción de los discursos sobre el amor o *erotikoi logoi* (la expresión se encuentra en nuestro diálogo en 172b), que debieron nacer en el s. V a. C., aunque en el s. IV a. C. es cuando están más en boga. Constituyen una clase especial de discursos en los que, o bien dirigía un amante a su amado, o bien se centraban en la naturaleza del amor; y la razón de que no hayan llegado hasta nosotros en mayor número es la misma por la que no nos ha llegado la mayor parte de la literatura erótica griega antigua: la quema por parte del clero bizantino (cf. notas de M. Martínez Hernández en la introducción al *Banquete*, p. 65).

vez se entera por Aristodemo, personaje que presenció los discursos. La versión de Aristodemo es confirmada a Apolodoro por el mismo Sócrates. Lo relevante de esto es que, sobre las prácticas sexuales y amorosas concretas y sobre las concepciones de la sexualidad, los individuos se enteran a través del tiempo y de otros individuos. Este “problema”, implícitamente abordado por Platón, pone el énfasis en la importancia que tiene que un lector, escucha o expositor de un “discurso” tenga la conciencia, el juicio crítico y la humildad de reconocer su lejanía conceptual y temporal con respecto a las concepciones de otros. De ahí que, para abordar un problema como el de la sexualidad humana, los interesados deben contar con la disposición tanto de escuchar y comprender, como de ampliar o modificar sus propias concepciones en función de los conocimientos aportados por otros; de no ser así, tanto las investigaciones como las explicaciones de la sexualidad humana resultarán parciales.

En este tenor, Platón se ocupa de las premisas desde las cuales fundamentan sus concepciones los oradores del *Banquete*: 1) Fedro desde la tradición épica y aristocrática, 2) Pausanias habla desde una perspectiva sociológica; 3) desde la medicina, Erixímaco, 4) desde la mitología, Aristófanes, 5) desde la sofística se pronuncia Agatón, quien contrasta claramente con el 6) discurso de Sócrates (el que habla con la verdad) desde el mundo de las Ideas. El diálogo Sócrates-Diotima es considerado como la exposición de la concepción propiamente platónica aunque, como he enfatizado antes, Platón expone, a través de los otros discursos, una serie de ideas que están presentes, de alguna manera y en distintos grados, en su propia concepción.

Desde la tradición guerrera nos encontramos a Fedro defendiendo la pederastia y la heterosexualidad. Según él, Eros es quien infunde la valentía en los corazones de los hombres y de las mujeres. Es por ello que los enamorados, llenos de valentía, se muestran dispuestos a defender su amor incluso con la propia vida.⁵⁷ Vemos aquí que el valor de la *valentía* de la Grecia guerrera caracteriza al amor “verdadero”; ello apunta directamente al papel

⁵⁷ cf. *Banquete*, 179b-d

que juegan los valores tradicionales en la concepción de la sexualidad. Así, en general, en una sociedad patriarcal la sexualidad y el amor son concebidos en función de valores como la consaguinidad, la monogamia, el poder del varón sobre la mujer, la fidelidad sexual de las mujeres y la heterosexualidad.

Fedro asegura que el amor es un tesoro para los seres humanos, y que no existe mayor bien que un buen amante y un buen amado. Para el hombre que tenga la intención de vivir noblemente, asegura Fedro, ni dinero ni fama ni poder ni ninguna otra cosa iguala el bien del amor. Fedro asume que la valentía y la vergüenza hacen del individuo una persona mejor, y que lo mismo ocurre con respecto a la mejor cuidado y al mejor ejército. Los amantes henchidos de valentía se avergüenzan de ser vistos haciendo algo feo.⁵⁸ Ahora bien, aunque Fedro representa al ideal guerrero en los discursos, alaba también el amor heterosexual a través de la figura de Alcestis. Sólo el amor arquetípico, como el que vivieron con valentía Alcestis y Aquiles, es premiado por los dioses.⁵⁹ En este discurso está presente otro elemento valorativo: es menos valorada la valentía inspirada por la pasión, que la inspirada por la razón y la gratitud. Alcestis tiene la firme intención de morir por su marido al que ama tanto, pero Aquiles defiende con su vida el honor de quien lo ama:

“De todos modos, si bien, en realidad, los dioses valoran muchísimo esta virtud en el amor, sin embargo, la admiran, elogian y recompensan más cuando el amado ama al amante, que cuando el amante al amado, pues un amante es cosa más divina que un amado, ya que está poseído por un dios. Por esto también honraron más a Aquiles que a Alcestis y lo enviaron a la Isla de los Bienaventurados.”⁶⁰

Esto elucida un aspecto importante de la concepción de Fedro (pero también de la sexualidad patriarcal): el intento de controlar las aspiraciones sexuales a través de una promesa, el reconocimiento divino y/o el reconocimiento de la sociedad. Todo ser humano aspira, en distintos grados, al

⁵⁸ cf. *Ibid.*,178c-e

⁵⁹ cf. *Ibid.*,179b-c

⁶⁰ *Ibid.*,180 a,b

reconocimiento social, pero la conducta debe estar inspirada, preferentemente, en el crecimiento y el convencimiento personal.

Pausanias es el defensor de la pederastia en el *Banquete*, y la defiende desde una visión sociológica. Descalifica tanto la heterosexualidad como la bisexualidad sobre la presunción de que éstas contienen, básicamente, un interés por el cuerpo. Pero también descalfica la pederastia cuando esta persigue como único fin la complacencia sexual corporal. Manifiesta que el amor de Eros uranio procede únicamente de varón, por lo que está libre de violencia. Este amor, añade, tiene una profunda inclinación por lo masculino, tiende a lo más fuerte, a lo que posee mayor inteligencia. En cambio, dice Pausanias, el amor del Eros pandemo es con el que aman los hombres ordinarios, esas personas que aman por igual a mujeres y a mancebos, y que aman de ellos más sus cuerpos que sus almas.⁶¹

La descalificación del Eros vulgar (el pandemo) por parte de Pausanias se origina en la preocupación de los jóvenes por saber en qué circunstancias era admitido por la sociedad entregarse sexualmente a sus amantes. El hecho de que la pederastia empezara a ser muy mal vista en algunos lugares, propicia que el amor por el cuerpo sea el más bajo en la escala de valoración ética y metafísica para los oradores del *Banquete*. En el tenor de lo que es aceptado o reprobado por la sociedad, y como defensor de la pederastia, Pausanias se centra en el problema de definir las circunstancias lícitas e ilícitas de la entrega sexual pederástica. Justifica esta entrega siempre y cuando esté inspirada por Eros uranio; amor que tiene como fin tanto el embellecimiento del alma del joven amado, como la fidelidad para toda la vida:

“...en la pederastia se puede reconocer a los impulsados por este amor ya que aquellos que aman con este tipo de amor, aman a los muchachos hasta que empiezan a tener alguna inteligencia, hecho que se produce aproximadamente cuando les empieza a crecer la barba. Los que empiezan a amar desde entonces están preparados, creo yo, para estar con el amado toda la vida y convivir juntos, y sin engañarle, después de haberle elegido cuando no tenía entendimiento por ser joven, y abandonarle desdeñosamente corriendo detrás de otro. Sería

⁶¹ *Ibid.*, 181b

incluso necesaria una ley que prohibiera enamorarse de los mancebos, para que no se gaste tanta energía en algo tan incierto porque nunca se sabe si estos mancebos tendrán buen o mal fin, en la maldad como en la virtud ya sea del alma o del cuerpo. Los hombres buenos, en verdad, se imponen a sí mismos esta ley voluntariamente, pero sería necesario también obligar a algo semejante a esos amantes vulgares que son, en efecto, los que han provocado el escándalo, hasta el punto de que algunos se atreven a decir que es vergonzoso conceder favores a los amantes”.⁶²

El amor uranio, según Pausanias, tiene como pretensión educar al amigo, ayudándolo a desarrollar su personalidad y a embellecer su alma. Pausanias retrata muy bien la actitud social frente a la pederastia en la Atenas de aquella época, donde era apreciado el hecho de amar a la vista, y especialmente a los más nobles y mejores, aunque éstos fueran feos. Según Pausanias, quien se enamora menos del cuerpo y más del alma, de un carácter bueno que es estable, está preparado para la fidelidad.⁶³ Pero las pasiones sexuales, sumamente rebeldes, provocan la promiscuidad; frente a este dilema, Pausanias expone y propone la forma de poner límites a los impulsos amorosos. Festeja las costumbres de Atenas que sometían a prueba, bien y convenientemente, a los varones, con el fin de identificar y complacer a los buenos y evitar a los viles. Ésta es, explica Pausanias, la razón por la cual se ordena a los amantes perseguir y a los amados huir, organizando competiciones y poniéndolos a prueba para determinar de cuál de los dos tipos –buenos o viles- es el amante y de cuál el amado.⁶⁴ Cuando Pausanias se refiere a lo que hace del amor algo *bello o bueno*, está adjudicándole como características los valores morales tradicionales. Con ello, la fundamentación de su teoría queda sustentada en lo relativo al tiempo y al lugar. Jaeger dice al respecto:

“Comparando este discurso con el de Diotima, vemos que Pausanias establece su distinción entre el *eros* noble y el *eros* vil partiendo de puntos de vista [los valores sociales]situados al margen del *eros*, y no

⁶² *Banquete*, 181c -183b

⁶³ cf. *Ibid.*,181d

⁶⁴ cf. *Ibid.*,182d, 183e, 184a

originariamente implícitos en él [sus componentes sensuales, los placenteros].”⁶⁵

En este discurso, la aspiración y la consumación del placer sólo se justifican en función de un ideal: el perfeccionamiento del alma del mancebo y la fidelidad. Como en Fedro, también aquí existe una propuesta concreta para resolver los problemas ocasionados (a la sociedad) por los explosivos instintos sexuales.

Pasando al discurso de Erixímaco, resulta que el amor por el cuerpo y por el alma, la heterosexualidad y la homosexualidad “simple” son aceptadas desde el punto de vista médico. Ahí se puede apreciar el conflicto entre la filosofía y la medicina, ambas pugnan como disciplinas explicativas de la naturaleza humana. Platón señala las limitaciones de la medicina por medio del discurso retórico de un médico. Erixímaco, que no cuenta con explicaciones claras y comprobables acerca de la naturaleza del amor, recurre a una serie de ejemplos climáticos, musicales, culinarios, etc.

Erixímaco describe a Eros como una *experiencia* propia de todos los seres vivos. Acepta con naturalidad tanto las distintas inclinaciones sexuales (heterosexualidad, homosexualidad y pederastia), como el amor por el cuerpo y por el alma. No se involucra en la moralidad de estas prácticas. Su preocupación se centra sólo en explicar en qué medida se deben dar y recibir los dos tipos de amor, el del cuerpo y el del alma. De la correcta dosificación de ambos nace, según Erixímaco, la salud física y mental, de la incorrecta la enfermedad:

“...a los hombres ordenados y a los que aún no lo son, para que lleguen a serlo, hay que complacerles y preservar su amor. Y éste es el Eros hermoso, el celeste, el de la Musa Urania. En cambio, el de Polimnia es el vulgar, que debe aplicarse cautelosamente a quienes uno lo aplique, para cosechar el placer que tiene y no provoque ningún exceso, de la misma manera que en nuestra profesión es de mucha importancia hacer buen empleo de los apetitos relativos al arte culinario, de suerte que se disfrute del placer sin enfermedad. Así, pues, no sólo en la música, sino también en la medicina y en todas las demás materias,

⁶⁵ *Paideia*, p. 572

tanto humanas como divinas, hay que vigilar, en la medida de lo factible, a uno y a otro Eros, ya que los dos se encuentran en ellas.”⁶⁶

Eros es comprendido por Erixímaco como una fuerza supra-humana y supra-histórica que está por encima del individuo particular, lo cual se encuentra en consonancia tanto con Freud, como con la visión científica que abordaré en el siguiente capítulo. El hecho de que Platón presente a Erixímaco en el centro de un discurso pletórico de ejemplos al estilo retórico, apunta a la asunción de Platón de que la naturaleza humana sólo puede ser explicada a través de la filosofía.

A su vez, la homosexualidad, la heterosexualidad y la pederastia, la fidelidad y la infidelidad, amor por el cuerpo y por el alma son concebidas por Aristófanes como modalidades a través de las cuales los individuos buscan la naturaleza originaria. Aristófanes se sirve del *mito del andrógino* para señalar que las emociones amorosas escapan, al menos en parte, a la razón, es decir, señala su aspecto irracional (biológico, si podemos llamarlo así). Originariamente, según Aristófanes, existieron tres sexos, a saber, el masculino, el femenino y el andrógino. Cada individuo estaba integrado por dos cuerpos en uno sólo: el sexo masculino constaba de dos cuerpos masculinos unidos por el pecho, el sexo femenino estaba integrado por dos cuerpos femeninos y el andrógino constaba de la unión de dos cuerpos, uno masculino y otro femenino. Mas la arrogancia de estos seres para con los dioses provocó que Zeus decidiera partirlos por la mitad. La pérdida de aquella *unidad originaria* es la causa explicativa de la “irracionalidad” de la pasión amorosa. En los seres humanos se manifiesta la profunda sensación de pérdida, de la falta de *algo* que no se saben explicar. La búsqueda “irracional” de su mitad auténtica propicia en aquellos que son mitades de varón, la homosexualidad, en los que son mitades de mujer, la homosexualidad femenina, y en los que son mitad mujer y mitad varón, la heterosexualidad. Asimismo, la infidelidad sexual se explica por la tendencia “irracional” y

⁶⁶ *Banquete*, 187d

compulsiva por encontrar la mitad auténtica, que al no encontrarse propicia que se vaya de un amor en otro. Desde la perspectiva de Aristófanes, el amor vulgar, la unión sexual, es sólo el reflejo grotesco de aquella inefable armonía y completud que es la meta de Eros.

La dicha amorosa, agrega Aristófanes, se da cuando un individuo se encuentra con la auténtica mitad de sí mismo; ello hace que el sexo deje de tener la importancia que tenía durante el enamoramiento. (Esto parece ser cierto en las parejas que, pasada la etapa del enamoramiento, consiguen permanecer juntos y en armonía. De la etapa del *apego* amoroso trataré en el capítulo siguiente)

“Y si Hefesto se les presentara a dos mitades auténticas y dijera: «¿Acaso lo que deseáis es estar juntos lo más posible el uno del otro, de modo que ni de noche ni de día os separéis el uno del otro? Si realmente lo deseáis, quiero fundiros y soldaros en uno solo, de suerte que siendo dos lleguéis a ser uno, y mientras viváis, como si fuerais uno solo, viváis los dos en común y, cuando muráis, también allí en el Hades seáis uno en lugar de dos, muertos ambos a la vez. Mirad pues, si deseáis esto y estaréis contentos si lo conseguís». Al oír estas palabras sabrían que esto es lo que anhelaban desde hace tiempo”.⁶⁷

Comenta Jaeger al respecto:

“Si ponemos este mito ante el espejo del discurso de Diotima, apreciamos claramente que a través de él, se entrevé ya de un modo vago la norma del bien, en la cual encuentra su plena realización toda verdadera amistad y todo verdadero amor humanos”.⁶⁸

Aristófanes abre camino, según Jaeger, a las consideraciones de Sócrates; ellas señalan los ideales trascendentes de la belleza que el *eros* está llamado a suscitar en el alma del enamorado: un regreso dialéctico hacia lo Bello en sí. Jaeger formula que el concepto de *eros* para Platón se convierte en la suma y el compendio de la aspiración humana hacia el bien. Señala Jaeger en relación a Aristófanes, que el *eros* no se proyecta sobre la otra mitad de nuestro ser o

⁶⁷ *Ibid.*, 192b-e

⁶⁸ *Paideia*, p. 576 s.

bien sobre la totalidad de él, a menos que por tal se entienda lo *bueno* y lo *perfecto*. El amor por lo que “algún día” era inherente a nuestra “propia naturaleza” puede considerarse como el sentido de *eros*, siempre y cuando por la totalidad del *ser* entendamos, en vez de la simple individualidad fortuita, el *verdadero yo* del hombre, es decir, siempre y cuando llamemos lo esencialmente inherente a nosotros “bien” y lo esencialmente extraño a nosotros “mal”.⁶⁹

El discurso de Agatón expone una imagen idealizada del dios Eros, por lo que le asigna rasgos esenciales que corresponden más a la persona digna de ser amada, que a la que se halla inflamada por el amor. Describe y encomia a *eros* como ‘objeto’ del amor, no como ‘deseo’. Agatón recurre al argumento de un antiguo dicho que enuncia que lo semejante busca siempre lo semejante. Asimismo, afirma que Eros es el *más feliz* de los dioses. Esto último será rebatido por Sócrates y presentado como testimonio de que Eros no es un dios sino un *daimon*; en este punto, las críticas de Sócrates a Agatón aluden al problema de fondo: la gran diferencia que existe entre un encomio retórico y la verdad acerca de lo que se habla. Sócrates expone que Eros no es un dios, sino un *daimon*, un ser intermediario entre los dioses y los hombres, y añade que si bien Eros no es bello, sí desea poseer las cosas bellas. Agatón y Sócrates acuerdan que *bello* es sinónimo de *bueno*, por tanto, Eros desea poseer las cosas buenas y conservarlas para siempre.⁷⁰

La exposición de la concepción platónica del amor da inicio después de que Agatón ha pronunciado su retórico himno a Eros, con el cual se cierra la presentación de los primeros discursos; ellos representan lo más relevante que la cultura griega ha logrado atesorar acerca del *eros* en su rica historia. El diálogo Sócrates-Diotima matiza y complementa las tesis de los oradores anteriores; en él es presentada la definición de *eros* más cercana a los puntos de vista de Platón. Las dos notas características de la naturaleza del amor son: 1) el amor es el deseo de las cosas bellas y de la felicidad y 2) el amor es

⁶⁹ cf. *Paideia*, p. 580 s.

⁷⁰ cf. *Banquete*, 202c-e

procreación en la belleza tanto en lo corporal como en el alma. La sapientísima Diotima explicará el *anhelo de belleza* como la aspiración del ser humano a la felicidad, o *eudaimonía*; a ella debe referirse, en último término, todo anhelo fuerte y profundamente arraigado en la naturaleza humana, el cual debe ser encauzado y modelado con toda sabiduría.⁷¹

La concepción propiamente platónica contempla la sexualidad pederástica y la heterosexualidad, el amor por el cuerpo y el amor por el alma, la fidelidad y la infidelidad sexual como estadios del perfeccionamiento del alma. Su concepción del amor, expuesta a través del discurso Sócrates-Diotima, no soslaya los aspectos planteados por los anteriores oradores del *Banquete*. Por ejemplo, el amor por el cuerpo (Fedro y Pausanias) es el primer escalón en la *escala erótica* expuesta por Diotima; la pregunta por el origen “irracional” de las pasiones amorosas (Aristófanes) es enmarcado en el deseo de las cosas bellas; el amor que se fundamenta en el respeto por las tradiciones, las normas sociales y los conocimientos particulares (Pausanias y Erixímaco) también son peldaños de la *escala erótica*.

Platón pretende encontrar una explicación de la naturaleza del amor con validez universal (como veremos en el capítulo III, parecen existir algunos patrones universales para el comportamiento sexual humano; características *conservadas* en el corto período de existencia de la especie humana). Esta naturaleza *atemporal* y *verdadera* es sustentada en la *Idea de la Belleza en sí*, inscrita en el corazón humano por el *daimon* Eros. Esa *Idea* puede ser *recordada* gracias a que todo ser humano “ha estado” en el mundo de las Ideas.

A través de su discurso, la sapientísima Diotima revela a Sócrates que Eros no es un dios, sino un *daimon*, el cual ama una de las cosas más bellas, la sabiduría.⁷² Y continúa diciendo que los seres humanos desean las cosas buenas⁷³ porque, gracias a ellas, son felices. Pero en el fondo, lo que realmente

⁷¹ cf. *Paideia*, p. 580 s.

⁷² cf. *Banquete*, 201d-203, 204b-205e

⁷³ En 204e se intercambia el término *bello* por *bueno*.

desean es *procrear en lo bello* porque, sólo de esta manera, las cosas bellas son inmortales, en la medida en que pueda existir en lo mortal, aclara Diotima.⁷⁴ Desde el deseo de inmortalidad de las cosas bellas nace en el ser humano otra aspiración: la de su propia inmortalidad, la de la trascendencia después de la muerte.

Platón expone que la aspiración a la *inmortalidad*, la trascendencia, está inscrita en el corazón humano. Desde esa perspectiva, el amor por el cuerpo y por el alma es aspiración a la inmortalidad por medio del cuerpo o del alma y, en última instancia, es aspiración al conocimiento de la *Belleza en sí*, es decir, al perfeccionamiento del alma.

El deseo de inmortalidad, según Diotima, impulsa a los que sólo son fecundos en el cuerpo, a dirigirse a las mujeres, pues logran la inmortalidad mediante la procreación de los hijos. Los fecundos en el alma, conciben conocimientos y cualquier otra virtud, con ello consiguen fama.⁷⁵ Las más bellas virtudes son la mesura y la justicia en la regulación de las ciudades (el estadista virtuoso). Un ser fecundo en el alma deseará procrear, y buscará la belleza en la que pueda engendrar. Ese se interesará en un joven e intentará educarlo y parirá bellos conocimientos en él. Esa es, asegura Diotima, una procreación más bella y firme que la de los hijos humanos. La fecundidad del alma engendra hijos más hermosos que los de la carne. No hay comparación con la gran fama, gloria e inmortalidad que alcanzan los fecundos del alma, pues trascenderán a través de sus obras, las cuales serán recordadas por las generaciones venideras.

Diotima explica a Sócrates que todo está en constante cambio y renovación en la naturaleza.⁷⁶ Todo lo vivo cambia y se renueva: los cuerpos de los individuos, sus huesos, su piel, etc. El alma también se renueva: los temores, los hábitos, las opiniones, los deseos. Asimismo, los conocimientos son cambiantes, de modo que nunca somos los mismos. Aquí se revela el

⁷⁴ cf. *Banquete*, 206e-207 a

⁷⁵ cf. *Ibid.*, 206e-207a

⁷⁶ cf. *Ibid.*, 207d,e

método dialéctico al interior de la concepción del amor en Platón: el progreso del conocimiento es impulsado por la *práxis* en la escala erótica, lo cual es *esencial* para el aprendizaje del amor.

A menudo, en la historia del pensamiento, la doctrina de la *escala erótica* de Platón ha sido reducida a una banal oposición entre amor vulgar (carnal) y amor celeste (asexuado, espiritual, “platónico”). Esta fallida interpretación de la escala erótica ha determinado una condena de la dimensión erótico-sexual. Sin embargo, la atracción sexual juega un papel insustituible para Platón. El amor por el cuerpo es el *primero* de una serie de escalones que culminan en la *contemplación de la Belleza en sí*. El cuerpo no es devaluado por Platón, es valorado como una instancia que es superada, al igual que las normas de conducta, sin negarla⁷⁷ en el proceso de perfeccionamiento del alma.

Jaeger comenta que *la trascendencia*, la procreación de las cosas bellas del alma, que conduce a la contemplación de la *Belleza en sí*, es la meta de *eros*, por lo cual pareciera privarse a *este* de su sentido finito, verdadero e inmediato, que es el deseo de algo concretamente bello, un cuerpo bello por ejemplo. No obstante, Platón logra que un impulso aparentemente irracional, el sexual, adquiera la *mayor* plenitud de sentido. Nos preguntamos, dice Jaeger, qué clase de actividad y de aspiración merece, desde el elevado punto de vista de *la trascendencia*, el nombre de Eros. Y nos sentimos asombrados, prosigue Jaeger, al recibir a esta pregunta una respuesta que no tiene grandes pretensiones moralizantes o metafísicas, sino que arranca por entero del proceso natural del amor físico, como el anhelo de engendrar en lo bello. Ahora bien, detrás de ese “primer amado”, por virtud del cual amamos todo lo demás, está el valor supremo, que es de por sí el *bien*. Este bien supremo, impreso en el alma, mantiene unido al mundo humano y al cosmos entero para el Platón del *Banquete*, concluye Jaeger.

La idea de la belleza, inscrita en el alma, es piedra angular en la teoría del amor de Platón. Y si bien no es fácil aceptar esa premisa, no podemos negar

⁷⁷ cf. *Ibid.*, 210b-d

que la explicación de Platón apunta hacia una naturaleza que está por encima de la voluntad del individuo (similar al sentimiento *oceánico* de Freud).

Diotima prosigue diciendo a Sócrates que todo el mundo desea engendrar, en lugar de los hijos de la carne, hijos más bellos y más inmortales, como los engendrados por Homero, Hesíodo y Solón. Pero para alcanzar la felicidad y la trascendencia que sólo dan los hijos del alma, asevera Diotima:

“Es preciso, en efecto, que quien quiera ir por el recto camino a ese fin comience desde joven a dirigirse hacia los cuerpos bellos. Y, si su guía lo dirige rectamente, enamorarse en primer lugar de un solo cuerpo y engendrar en él bellos razonamientos; luego debe comprender que la belleza que hay en cualquier cuerpo es afin a la que hay en otro y que, si es preciso perseguir la belleza de la forma, es una gran necedad no considerar una y la misma la belleza que hay en todos los cuerpos. Una vez que haya comprendido esto, debe hacerse amante de todos los cuerpos bellos y calmar ese fuerte arrebató por uno solo, despreciándolo y considerándolo insignificante. A continuación debe considerar más valiosa la belleza de las almas que la del cuerpo, de suerte que si alguien es virtuoso de alma, aunque tenga un escaso esplendor, séale suficiente para amarle, cuidarle, engendrar y buscar razonamientos tales que hagan mejores a los jóvenes...”⁷⁸

El estar en contacto con los bellos razonamientos propiciará, continúa Diotima, una vez más, que se dirija la mirada hacia otra belleza; la que reside en las normas de conducta y en las leyes y se reconocerá entonces, que todo lo bello está emparentado consigo mismo, y se considerará de esta manera la belleza del cuerpo como algo insignificante. Después de las normas de conducta, el intelecto debe ser conducido hacia los conocimientos como la música, la literatura, la medicina, para ver también la belleza de éstas, de manera que, fijando el discípulo la mirada en esa inmensa belleza, no quede apegado (por servil dependencia mediocre y corto de espíritu) como un esclavo a la belleza de un solo ser (cual la de un muchacho, de un hombre o de una norma de conducta), sino que vuelto hacia ese mar de lo bello y contemplándolo, engendre muchos bellos y magníficos discursos y pensamientos en ilimitado amor por la sabiduría, hasta que fortalecido

⁷⁸ cf. *Ibid.*, 210 a-c

entonces y crecido descubra un único conocimiento, el de la *Belleza en sí*.⁷⁹ Quien hasta aquí haya sido instruido en las cosas del amor, tras haber contemplado las cosas bellas en ordenada y correcta sucesión, descubrirá, de repente, algo maravillosamente bello por naturaleza, la *Belleza en sí*.⁸⁰

La *Belleza* como tal es descrita en 211a - 212a como algo que existe siempre, que no nace ni perece, ni crece ni decrece. Ni se aparece esta belleza bajo la forma de un rostro o demás cosas que participan del cuerpo, ni como un razonamiento, ni como un conocimiento, sino como *la belleza* que es siempre consigo misma específicamente única. Todas las otras cosas bellas participan de ella de manera tal, que el nacimiento y la muerte de éstas no le causa ni aumento ni disminución, ni le ocurre absolutamente nada. Por consiguiente, cuando alguien asciende a partir de las cosas de este mundo, mediante el recto amor de los jóvenes, y empieza a divisar aquella *belleza*, puede decirse que toca casi el fin del conocimiento del amor.

“En este período de la vida, querido Sócrates –dijo la extranjera de Mantinea-, más que en ningún otro, le merece la pena al hombre vivir: cuando contempla la belleza en sí. Si alguna vez llegas a verla, te parecerá que no es comparable ni con el oro ni con los vestidos ni con los jóvenes y adolescentes bellos.”⁸¹

Para Platón, en el *Banquete*, el *eros* ejerce la mediación entre el hombre y lo “divino” (en el sentido de aquello que trasciende la vida del individuo para trascender en sus hijos y en sus obras). De esta manera, Platón, a través de Diotima, salva al *amor* de quedar reducido a un simple deseo. *Eros* es también la vía dialéctica, la que ha partido de la belleza de un individuo y ha culminado en la contemplación de una totalidad que abarca el conjunto de lo bello. Platón, comenta Jaeger, tiene la certeza de que la filosofía infunde nuevo sentido a cuanto vive. Está convencido de que la filosofía hace posible el amor

⁷⁹ cf. *Ibid.*, 210c-211c

⁸⁰ cf. *Ibid.*, 210e-211 a

⁸¹ *Ibid.*, 211d

y la *amistad*, requisitos necesarios tanto para el logro de la armonía del individuo consigo mismo, como para la armoniosa convivencia social.

Como hemos visto, el *Banquete* es un compendio de las teorías acerca del amor y de la educación en las cosas del amor. Son reconocidas y aceptadas la pederastia, la homosexualidad, la heterosexualidad y la asexualidad. Asimismo, el cuerpo es valorado y considerado indispensable en el proyecto de formación en los altos valores morales y culturales. El amor platónico no es la *negación* del placer sexual en el nombre de los altos valores; la aspiración al placer corporal es “superado” con la edad y la experiencia de otras bellezas. La iniciación, durante la juventud, en el amor por el cuerpo, culmina en la madurez a través de la ordenada experimentación de las bellezas particulares (del alma, de las normas de conducta, etc.). El amor para Platón es la posibilidad de “contemplar” la exquisita *belleza* que pacifica las pasiones, que trasciende los apegos y que permite una templada y justa visión de las cosas.

Platón vive en una sociedad patriarcal, donde se da el matrimonio monogámico entre hombre y mujer. Empero, la lectura del *Banquete* muestra aceptación de otras sexualidades distintas de la heterosexual, y la superación con respecto a las cosas (objetos) bellas y a la riqueza, lo pone más en consonancia con un proyecto parecido al de Marcuse: el de una cultura y una sexualidad basadas en el desarrollo de las potencialidades humanas, las cuales son reprimidas dentro de un esquema patriarcal heterosexual y de competencia económica. Por otro lado, la figura femenina es central en el *Banquete* (uno de los tratados más importantes sobre el amor aparte del *Fedro*), pues aunque su propuesta educativa está “montada” en la preferencia homosexual, el sabio Sócrates es instruido, precisamente, por una mujer, la sapientísima Diotima. Platón es uno de los pensadores más agudos de toda la humanidad, por lo que la presencia de Diotima no es casual.

Como se ha visto, Marcuse y Platón tienen coincidencias: en primer lugar, la sexualidad no es estrictamente heterosexual; en segundo lugar, la sexualidad tiende tanto a la fidelidad como a la infidelidad sexual; en tercer lugar, no desprecia el placer en nombre de los altos valores del alma; en cuarto

lugar, los valores culturales humanos no son edificados sobre la represión del placer, sino sobre su goce, y sobre la *experimentación* de otros placeres no corporales. En quinto lugar –y esto sólo vale para Marcuse- la aspiración y la obtención del placer sexual son el primer paso hacia una sociedad menos enferma (desintegración, marginación, adicciones, maltrato, suicidio, asesinato, etc). No todo en la civilización del siglo XXI es tragedia, existen grandes logros, pero coexiste con ellos la injusticia y el escaso desarrollo humano de las mayorías.

Con el desarrollo de las ciencias biológicas, algunos de los aspectos planteados tanto por Platón como por Marcuse, reaparecen bajo una nueva luz. En el siguiente capítulo serán abordados algunos de ellos.

Capítulo III

A través de los dos capítulos anteriores he presentado algunas de las preocupaciones con respecto al placer sexual, algunas de las teorías sobre su naturaleza y algunas propuestas morales. Por ejemplo, la insistencia en afirmar que la sexualidad humana debe ajustarse al modelo patriarcal (heterosexual, reproductivo y monogámico, que supone fidelidad entre cónyuges para toda la vida), reprime la explosiva pasión sexual, la cual pone en conflicto los intereses individuales y sociales.

El Banquete de Platón es rico en retratar una diversidad de concepciones tanto con respecto a la naturaleza del amor, como con respecto a las propuestas de solución al conflicto y al sufrimiento que la aspiración al placer sexual puede ocasionar. De tal suerte, Fedro pone límites al placer (heterosexual y homosexual) por medio de la valentía. Pausanias defiende el placer corporal (pederástico, homosexual) siempre y cuando cumpla con la norma de buscar el embellecimiento del alma y del cuerpo de los muchachos. Por su parte, Erixímaco opina que el placer sexual (heterosexual y homosexual) es necesario, siempre y cuando sea dosificado adecuadamente. *El Banquete* culmina con la teoría de Platón propiamente dicha: la experiencia del amor verdadero es la visión de la Belleza en sí a través de la experimentación de las bellezas particulares.

Por último, Marcuse es un declarado defensor del placer sexual (heterosexual, homosexual, bisexual, perverso, fiel o infiel). Muestra preocupación con respecto al sufrimiento y a los conflictos ocasionados por los deseos sexuales y amorosos; pero asume que el sexo y el amor son los motores que mueven a los individuos y a la sociedad.

Pero ¿cuál es realmente la naturaleza de nuestra sexualidad? ¿Es heterosexual, homosexual, bisexual, o todas estas modalidades son naturales?

¿Somos realmente seres monógamos y fieles para toda la vida? ¿Por qué nos enamoramos apasionadamente y luego nos abandonamos y sufrimos? ¿Nuestros sufrimientos amorosos se deben a que no observamos debidamente las reglas de la sexualidad patriarcal? ¿Por qué algunos individuos logran ser felices con sus parejas y muchos no? Tal vez nunca sepamos exactamente lo que está detrás de la felicidad y el sufrimiento amoroso en cada individuo, pero las ciencias biológicas arrojan luces sobre este tema.

Los trabajos científicos que abordo en el presente capítulo sostienen, como primera premisa, que los seres humanos son una especie más en el reino animal, por lo que el estudio de la conducta sexual de otras especies animales puede aportar datos importantes en torno al comportamiento sexual humano. En estos trabajos se asume que la biología incide en nuestras pasiones y sentimientos amorosos; pero también es reconocida la importancia de la cultura en la edificación de la sexualidad humana.

En este capítulo presento hipótesis científicas que pretenden explicar algunos de los misterios de nuestra sexualidad; y si bien mi búsqueda de esta información no ha sido exhaustiva, tampoco ha sido del todo somera. Con el fin de no resultar repetitiva me he centrado, básicamente, en los trabajos de dos autoras (Helen Fisher y Joan Roughgarden); ambas llegan a conclusiones similares a las que han llegado otros investigadores. Por ejemplo, las teorías de Helen E. Fisher son similares a las de Malcolm Potts y Roger Short, pero Fisher defiende la hipótesis de que las mujeres son tan promiscuas como los hombres. Por otro lado, las teorías de Joan Roughgarden manifiestan un explícito desacuerdo con algunas teorías de Darwin; parece que este desacuerdo permite explicar mejor tanto la homosexualidad como el transgénero humanos, es decir, el polimorfismo sexual. Por último, quiero aclarar que algunos de los comentarios acerca de otros trabajos científicos los he extraído de las tres obras antes citadas.

Generalmente el amor inicia con el enamoramiento, un estado que escapa a nuestra voluntad y que nos hace sentirnos atraídos por otro individuo del sexo opuesto o del mismo sexo. No nos enamoramos como consecuencia de

una elección razonada; entonces ¿de qué depende que nos enamoremos? Algunos científicos señalan que, en cierta medida, tanto el olfato, como la mirada influyen profundamente en la atracción sexual. Helen E. Fisher explica que en la base del cerebro hay millones de neuronas olfativas, las cuales están vinculadas con el sistema límbico que gobierna estados de miedo, de cólera, de odio, de éxtasis y de lujuria y que por causa de estas conexiones cerebrales, los olores tienen la posibilidad de generar intensos sentimientos eróticos.⁸² Por otro lado, los etólogos proponen que la mirada puede dar inicio al idilio, ya que es la mirada penetrante la que con frecuencia provoca la sonrisa humana. Pero esta mirada es discriminatoria, puesto que no nos enamoramos de cualquier individuo que vemos; el sexólogo John Money explica este fenómeno a través de lo que él denomina «el mapa del amor de cada uno», el cual se desarrolla durante la niñez (entre los 5 y los 8 años de edad o incluso antes) como resultado de asociaciones con miembros de la familia, con amigos, con experiencias y hechos fortuitos, por ejemplo, una madre cariñosa, o que reprende, o un padre bromista, etc.⁸³

El “prototipo biológico” también ha sido señalado como un potente detonante del enamoramiento; se ha observado que los varones se enamoran más fácilmente de una mujer que promete procrear hijos sanos. La mujer joven, hermosa y dinámica parece representar ese prototipo. Por otro lado, las mujeres se enamoran de los hombres que parecen contar con la capacidad para obtener los recursos que aseguran la supervivencia de la prole; un hombre rico es prometedor biológicamente; tal vez por ello, dice Fisher, una invitación a cenar puede despertar la pasión amorosa:

“El «alimento seductor» como se llama a esta costumbre, probablemente sea anterior a los dinosaurios, porque cumple una importante función reproductora. Al entregar comida a las mujeres, los machos prueban su habilidad como cazadores, proveedores y valiosos compañeros de procreación”.⁸⁴

⁸² cf. Fisher, Helen E., *Anatomía del amor*, p. 41

⁸³ cf. *Ibid.*, p. 42

⁸⁴ *Ibid.*, p. 33

En otro tenor, Fisher declara que la violenta perturbación que llamamos enamoramiento, podría iniciarse en una pequeña molécula llamada feniletilamina, o FEA. Conocida como la amina excitante, la FEA, localizada en el cerebro, provoca sensaciones de exaltación, alegría y euforia.⁸⁵ Esto apunta a que la tormenta del enamoramiento tiene su origen físico en el sistema límbico, por encima del cual se halla la corteza que procesa funciones básicas como la vista, el oído, el habla y las capacidades matemáticas y musicales. Pero la función más importante de la corteza, añade Fisher, consiste en integrar nuestras emociones y nuestros pensamientos. Es esta zona del cerebro la que piensa en «él» o «ella».⁸⁶ Más aún, la FEA se encuentra en la sinapsis de algunas células nerviosas, ayudando a transmitir los impulsos de una neurona a la siguiente y es, además, una anfetamina natural:

“De ahí que el psiquiatra Michael Liebowitz [...] opine que nos enamoramos cuando las neuronas del sistema límbico, nuestro núcleo emocional, se saturan o son sensibilizadas por la FEA y/u otras sustancias químicas cerebrales, y estimulan el cerebro.”⁸⁷

Esta es la razón por la cual los enamorados pueden permanecer despiertos toda la noche conversando y acariciándose, y pueden volverse atolondrados, optimistas, sociables y llenos de vida pues

“Las anfetaminas se han acumulado de forma natural en los centros emocionales del cerebro. Los enamorados están «acelerados» por la naturaleza.”⁸⁸

Algunos estudios realizados en personas adictas al idilio, las cuales buscan enamorarse constantemente y sufren de dicha y desesperación a causa de su conducta, arrojaron el dato de que padecen alteraciones en sus conexiones románticas, en concreto, una necesidad de FEA. La administración

⁸⁵ cf. *Ibid.*, p. 49

⁸⁶ cf. *Ibid.*, p. 49 s.

⁸⁷ *Ibid.*, p.50

⁸⁸ *Ibid.*, p. 50

de inhibidores de una enzima cerebral, la MAO (monoamida oxidasa), puede mejorar a estos pacientes, pues estos inhibidores de la MAO elevan el nivel de FEA y de otras anfetaminas naturales, incrementando la euforia del enamoramiento. Este estudio reporta que un paciente enfermo de FEA (que llevaba años en terapia) mejoró al administrarle un inhibidor de la MAO. Las conclusiones de estudios similares han corroborado que en todas las relaciones de pareja satisfactorias se registran niveles altos del metabolismo de FEA (en orina). Igualmente, se observó que cuando se les inyecta FEA a los ratones, estos saltan y gritan en un despliegue de euforia conocido en los laboratorios como el «síndrome palomitas de maíz».⁸⁹

Pero no obstante que el enamoramiento produce mucha felicidad, parece haber una regla que siempre se cumple, expresa Fisher: el enamoramiento tiene una duración aproximada de dieciocho meses a tres años.⁹⁰ Se sospecha que el final del enamoramiento responde, en cierta medida, a un fundamento fisiológico; existe la teoría de que el cerebro no puede sostenerse eternamente en el estado de exaltación de la felicidad romántica, ya sea porque las terminaciones nerviosas se habitúan a los estimulantes naturales del cerebro, o porque los niveles de FEA (y/u otras sustancias naturales parecidas a la anfetamina) comienzan a disminuir. El cerebro no tolera más el asalto de semejantes drogas:

“Si deseamos que perdure una situación de excitación de largo plazo, debemos trabajarla, porque en cierto modo estaremos resistiendo a una marea biológica.”⁹¹

No obstante, una vez que el enamoramiento se agota, y si la pareja sigue junta, surge una nueva emoción, el apego, que es un sentimiento cálido, cómodo y seguro del que hablan tantas parejas. Liebowitz, comenta Fisher,

⁸⁹ Asimismo, los macacos de la India tratados con sustancias parecidas a la FEA producen sonidos reservados al flirteo. Los babuinos tratados oprimieron el llamador de sus jaulas más de ciento sesenta veces en tres horas para obtener complementos que mantuvieran la euforia de la FEA. cf. *Ibid.*, p. 50 s.

⁹⁰ cf. *Ibid.*, p. 52 s.

⁹¹ *Ibid.*, p. 54

está convencido de que con el apego entra en funcionamiento un nuevo sistema químico, los opiáceos de la mente. Estas sustancias son endorfinas químicamente semejantes a la morfina; ellas serenar la mente, eliminan el dolor y reducen la ansiedad:

“Surge la sensación de seguridad, estabilidad y tranquilidad, en la cual los amantes pueden conversar, comer y dormir en paz.”⁹²

En la fase del apego es más fácil permanecer por muchos años, explica Fisher, la duración de esta etapa depende de las características de cada cerebro humano, de las circunstancias sociales y de la edad. Pero el hecho de que el enamoramiento mengua y fluye puede ser parte de un esquema de la naturaleza.⁹³

No somos la única especie con la capacidad de formar lazos sociales. Por ejemplo, es probable que el *lazo madre-hijo* esté relacionado con la hormona oxitocina, la cual es secretada durante el parto y el amamantamiento.⁹⁴ Sin embargo, algunos investigadores afirman que, aunque contamos con la capacidad de entablar lazos sociales intensos y duraderos, los lazos perdurables de pareja en mamíferos son raros. Estos vínculos pueden estar siendo regulados por la oxitocina, la cual estimula en los humanos estados de euforia y de adicción. Los experimentos han mostrado que una pequeña cantidad de oxitocina, aplicada en la nariz de una persona, promueve la confianza y aumenta el interés por otro individuo.

En musarañas machos, por ejemplo, la vasopresina (una hormona relacionada con la oxitocina) estimula el lazo de pareja, la agresividad contra el rival potencial y los instintos paternales como el acicalamiento de las crías en el nido. Las variaciones en la región reguladora del gen del receptor de vasopresina (*avpr1a*), se cree que modulan los lazos de emparejamiento.⁹⁵

⁹² *Ibid.*, p. 54

⁹³ cf. *Ibid.*, p. 55

⁹⁴ cf. Love: Neuroscience reveals all. See <http://tinyurl.com/6quanw> for further reading. For more on Being Human, see www.nature.com/nature/focus/beinghuman.

⁹⁵ cf. *Ibid.*

En humanos, formas diferentes del mismo gen están asociadas con variaciones en el lazo de pareja y de la calidad de la relación. Un estudio reciente muestra que los hombres con una variante particular del gen son dos veces más propensos a quedarse solteros que aquellos que no la tienen, o si se casan, tienen el doble de probabilidad de tener una crisis prematura en su matrimonio. Las esposas de los hombres con esta variante también expresan más insatisfacción en su relación que aquellas con hombres que no tienen la variación del gen.⁹⁶

Ciertamente existe en el ser humano la capacidad de enamorarse y de experimentar el amor, pero al menos por lo que respecta a las implicaciones neurobiológicas de ambas emociones, parece prefigurarse una cierta incapacidad humana tanto para la monogamia, como para la fidelidad para toda la vida -como se pretende desde la concepción patriarcal de la sexualidad.

Para entrar en el tema de la monogamia, es importante resaltar la aclaración de Fisher, en el sentido de que la palabra *monogamia* casi siempre se emplea de forma equivocada, pues en el *Oxford English Dictionary* se define la monogamia como la «condición, regla o costumbre de estar casado con sólo una persona a la vez»; pero esto no implica que los integrantes de la pareja sean sexualmente fieles entre sí. El antropólogo George Meter Murdock ha observado que a pesar de que la abrumadora mayoría (tras analizar doscientos cincuenta culturas) prefiere la poliginia, se inclina a definir como monogámicas a casi todas las sociedades humanas conocidas, pues sólo del 5% al 10% de los hombres en culturas poligínicas tienen la capacidad económica de sostener a más de una esposa, por lo que los hombres tienden a casarse con una sola mujer a la vez; por otro lado, sólo en el 0.5 % de las culturas se practica la poliandria. Parece ser, agrega Meter Murdock, que la poliandria es rara entre las personas y entre los animales por poderosas razones biológicas: la poliandria puede asegurar la manutención de los hijos de una mujer, pero para los hombres puede significar su suicidio genético.⁹⁷

⁹⁶ cf. *Ibid.*

⁹⁷ cf. *Ibid.*, p. 65 s.

Aun más raro que la poliandria es el «matrimonio por grupos», pues como observa Margaret Mead:

“«No importa cuántas comunidades se inventen, la familia siempre vuelve a infiltrarse». El animal humano parece estar psicológicamente condicionado para formar pareja con una sola persona.”⁹⁸

Entonces ¿es natural la monogamia? Fisher responde que sí; pero la poliginia y la poliandria también lo son, pues el hombre desea su perdurabilidad genética, y la mujer, obtener mayores recursos provenientes de varias parejas sexuales. La autora concluye que la monogamia humana existe, pero sólo de la mano del adulterio; y que el galanteo y el apareamiento, el casamiento, la infidelidad y el divorcio son guías a través de las cuales hombres y mujeres se seducen entre sí y se separan con el fin de reproducirse, lo que los biólogos denominan estrategias reproductivas.⁹⁹

Ahora bien, si seguimos en el tenor de que nuestra conducta sexual está íntimamente relacionada con la de los animales, resulta relevante el hecho, enfatizado por Fisher, de que en especies animales catalogadas como monógamas, como por ejemplo los mirlos de alas rojas, el adulterio es común; ellos practican las cópulas extramaritales, o «traiciones», comportamiento que ocurre en más de 100 especies de pájaros monogámicos. Los monos tití sudamericanos, así como muchas otras hembras mamíferas monogámicas, que se pensaba eran el paradigma de la virtud, también «engañan».¹⁰⁰ Este hecho implica que, para muchas especies, el permanecer con una pareja no es sinónimo de pareja sexual, ya que la pareja de la hembra no es el padre genético del cachorro, sino el padre “adoptivo”.

Al igual que en esas especies, nuestra autora expresa que todos hemos podido verificar la combinación de monogamia e infidelidad entre la gente; por ejemplo, el 50% de los norteamericanos casados son asimismo adúlteros, no obstante que más del 90% de los hombres y mujeres norteamericanos desean

⁹⁸ *Ibid.*, p. 68

⁹⁹ cf. *Ibid.*, p. 60

¹⁰⁰ cf. *Ibid.*, p. 61

casarse y están casados. No obstante, el adulterio existe en todas las culturas del mundo bajo distintas modalidades; por ejemplo, después de analizar el comportamiento de los italianos de la costa meridional del Adriático, la psicóloga Lewis Diana concluye que:

“Prácticamente todos los hombres tienen una amante casada a la que visitan con regularidad durante la semana, ya sea cerca del mediodía o al anochecer, mientras los maridos aún trabajan en los viñedos, los botes de pesca, los pequeños comercios minoristas, o están ocupados en sus propios asuntos clandestinos.”¹⁰¹

Esta “clandestinidad” influye en el amor, pues las relaciones amorosas más duraderas son aquellas que mantienen hombres y mujeres que están casados con otras personas; estos vínculos pueden durar varios años y algunas veces toda la vida. Pero, aunque la infidelidad sea un lugar común entre los adultos, es respetado celosamente el código de absoluto silencio, pues la familia sigue siendo el fundamento de la vida social. Algo muy similar ocurre también con los Kuikuru de la Amazonia.¹⁰² Fisher concluye que los estudios etnográficos dan testimonio de la frecuencia de las relaciones sexuales extramaritales entre hombres y mujeres del mundo entero.

Nunca sabremos con exactitud, dice Fisher, cuántos norteamericanos son adúlteros, pero en la década de los veinte, el psiquiatra Gilbert Hamilton informó que 28 de cada 100 hombres, y 24 de cada 100 mujeres entrevistados habían cometido adulterio. Los famosos estudios Kinsey de finales de los cuarenta afirman que la probabilidad apunta a que el 50% de los hombres norteamericanos son infieles, y que el 26% de las mujeres norteamericanas casadas, divorciadas o viudas cometieron adulterio antes de los 40 años.¹⁰³ Según el *Marriage and Divorce Today* del 1º de junio de 1987: «El 70% de todos los norteamericanos tienen alguna aventura en algún momento de su vida de casados». Pero los norteamericanos no tienen nada de extraordinario, enfatiza

¹⁰¹ *Ibid.*, p.72

¹⁰² cf. *Ibid.*, p. 73

¹⁰³ cf. *Ibid.*, p. 81

Fisher: 42 etnografías, acerca de pueblos diversos del pasado y del presente, indican que el adulterio, como afirma Kinsey, es universal.¹⁰⁴ Y no existe ningún recurso cultural o código alguno que haga desaparecer la aventura amorosa porque:

“Esta tendencia por los vínculos extramaritales parece revelar el triunfo de la naturaleza sobre la cultura [...] la infidelidad parece ser parte de nuestro arcaico juego reproductivo.”¹⁰⁵

Por otro lado, si bien la prohibición del adulterio femenino responde a la necesidad de asegurar la legitimidad de los hijos al padre¹⁰⁶, Fisher expresa no compartir la popular idea de que los hombres son por naturaleza infieles y las mujeres fieles; defiende su hipótesis de que tan infieles y adúlteras son las mujeres como los hombres, al menos a través de cuatro razones por las cuales el adulterio femenino pudo haber sido adaptativo en el caso de las mujeres ancestrales: 1) porque tener varias parejas a la vez proporciona bienes y servicios adicionales, 2) porque el adulterio fungía como un seguro; si un «marido» moría o abandonaba el hogar, otro varón ayudaría con las tareas domésticas, 3) porque una mujer «casada» con un hombre con pésimo carácter, mal proveedor y mal colaborador, tenía mayores posibilidades de mejorar su línea genética si engendraba hijos con otro hombre: “el señor Buenos Genes”, 4) porque los hijos de diferentes padres tenían ligeras diferencias, y alguno de ellos estaría mejor armado para sobrevivir a las fluctuaciones imprevistas del entorno.¹⁰⁷

Así, la infidelidad femenina fue probablemente adaptativa en el pasado, tan adaptativa en realidad, que dejó su marca en la fisiología femenina, agrega

¹⁰⁴ cf. *Ibid.*, p. 82 s.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 84

¹⁰⁶ En las sociedades patriarcales la promiscuidad de una esposa es una amenaza para las tierras del marido, y es castigada con la muerte, la amputación de la nariz, entre otros castigos. La homosexualidad, el travestismo, la masturbación, el adulterio y el divorcio también son condenados desde la sexualidad patriarcal.

¹⁰⁷ cf. *Ibid.*, p. 86 s.

Fisher. Indica que un signo de esta adaptación puede ser corroborado a través de un fenómeno: el alto rendimiento orgásmico de la mujer.

“A diferencia de sus compañeros, los genitales femeninos no expelen toda la sangre. Si ella sabe cómo hacerlo, y lo desea, puede alcanzar el clímax una y otra vez. Algunas veces los orgasmos se suceden tan rápidamente que uno no se distingue del otro, un fenómeno conocido como orgasmo múltiple.”¹⁰⁸

Fisher señala que el alto rendimiento orgásmico de la hembra humana, en conjunción con datos provenientes de otros primates, condujo a la antropóloga Sarah Hrdy a formular la hipótesis acerca de los comienzos primitivos del adulterio femenino (humano). Hrdy señala que los simios y los monos hembras participan en múltiples encuentros sexuales no reproductivos; e indica que durante el celo, la hembra chimpancé copula con todos los machos de las cercanías (excepto con sus hijos); este comportamiento puede tener como objetivo dos propósitos darwinianos:

“...aplacar a los machos que podrían querer matar al recién nacido y, a la vez, confundir la paternidad para que cada macho de la comunidad actúe paternalmente con respecto a la criatura por nacer.”¹⁰⁹

Después de analizar abundante información, Fisher concluye que hombres y mujeres son igualmente infieles: los machos son infieles porque, en el pasado evolutivo, buscaron diseminar sus genes, mientras que las mujeres desarrollaron dos estrategias *alternativas*; algunas eligieron ser relativamente fieles a un solo hombre para poder sacarle múltiples beneficios, y otras prefirieron involucrarse en el sexo clandestino con diversos hombres para sacar beneficio de todos.

“Este panorama coincide a grandes rasgos con la creencia del vulgo: el hombre es el donjuán por naturaleza; la mujer, en cambio, es una santa o una ramera.”¹¹⁰

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 88

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 88

A los seres humanos, dice Fisher, nos toca lidiar con la monogamia y el adulterio.

Si asumimos que estas teorías son acertadas, entonces podemos comprender, al menos en parte, el origen de la infidelidad tanto masculina como femenina. No obstante, esto no excluye la posibilidad de que se encuentren una mujer con tendencia a la fidelidad y un hombre por naturaleza genética apto para la fidelidad, ambos rodeados por condiciones sociales apropiadas para formar una pareja feliz dentro de un esquema monógamo, con o sin estricta fidelidad.

Relacionado con el matrimonio está el divorcio. ¿Cómo explican los científicos que nos enamoramos intensamente y luego nos separemos? La respuesta la encuentran, aunque sea parcialmente, tanto en la química cerebral como en la herencia que compartimos con los animales.

Por ejemplo, en un estudio realizado por la antropóloga Laura Betzig sobre 160 sociedades (informa Fisher), arroja el dato de que la infidelidad manifiesta, sobre todo de la mujer, es la primera causa para alegar el divorcio; la esterilidad de la mujer y la impotencia del hombre le siguen; la crueldad por parte del marido es la tercera causa de divorcio. Asimismo, la inestabilidad económica y el trabajo remunerado de la mujer fuera del hogar, están ocasionando el aumento de las tasas de divorcio. Por otro lado, la estabilidad del matrimonio parece estar asociada, según el sociólogo Martin Whyte, al hecho de casarse en la madurez, al estar muy enamorado, al ser blanco y al provenir de un hogar donde hubo comunicación y amor; las personas que no comparten estas características corren más riesgo. Pero también los hijos influyen, asegura Fisher; las parejas con un solo hijo tienden a divorciarse con mayor facilidad, mientras que aquellas que tienen varios hijos en edad preescolar, tienden a permanecer juntas.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 91

Parece ser que la inestabilidad de la pareja, con el divorcio como resultado, puede obedecer a fuerzas reproductoras profundas que han evolucionado, a través de millones de años, hacia tres tendencias primordialmente (estas tendencias fueron rastreadas por Fisher en publicaciones demográficas de las Naciones Unidas): 1) el divorcio se produce aproximadamente en la época del cuarto año y bajan los porcentajes a medida que aumentan los años de convivencia. Tanto en países con tasas altas de divorcio como en los de tasa baja se presenta el mismo patrón: el matrimonio tiene un patrón transcultural de decadencia, 2) el 81% de todos los divorcios ocurre antes de los 40 años en mujeres, y el 74% de todos los divorcios antes de los 45 años en el caso de los hombres. Para el segundo matrimonio la edad pico es de los 30 a los 34 años en varones y de los 25 a los 29 años en mujeres y, por último, 3) parece ser que entre más hijos tiene una pareja menos probable es el divorcio. ¿Está cayendo en desuso el vínculo de pareja? Tal vez, responde Fisher:

“El animal humano parece destinado a cortejar, enamorarse y contraer matrimonio con una sola persona a la vez; luego, en la cima de su capacidad reproductora, a menudo con un solo hijo, se divorcia; algunos años más tarde, vuelve a casarse.”¹¹¹

Pero la respuesta acerca de cómo se dio este patrón parece encontrarse en los caprichos de nuestro pasado, en la evolución social.

La evolución social

Fisher explica que el sistema límbico, el núcleo emocional del cerebro, es rudimentario en los reptiles, pero muy desarrollado en los mamíferos, y que nuestros antepasados heredaron la emoción primaria de la atracción animal unos cuantos millones de años atrás. Con la evolución y la adaptación a un

¹¹¹ *Ibid.*, p. 104 s.

mundo enteramente nuevo en las praderas de África, esa atracción animal se convirtió en la envolvente sensación del enamoramiento humano. Así, los patrones de monogamia y adulterio pudieron ser las consecuencias de los caprichos del pasado, «cuando el noble hombre salvaje corría libre por los bosques».¹¹²

Se calcula que los hominoideos tienen entre 23 y 14 millones de años de antigüedad; de estas familias provendrían, en algún momento, tanto nuestros antepasados como los grandes simios vivientes. Los ramomorfos, desde hace tiempo considerados el eslabón perdido, aparecieron en África oriental unos 14 millones de años atrás. El parentesco entre humanos y ramomorfos ha sido confirmado a partir de semejanzas bioquímicas en las proteínas de la sangre y en otras moléculas. Nuestros antepasados homínidos, probablemente, se diferenciaron de estos animales hace no más de 4 ó 5 millones de años atrás.

Los simios africanos son el resultado de una evolución de milenios y sus íntimos vínculos biológicos con la humanidad los convierten en excelentes modelos para comprender mejor nuestras formas de vida y poder explicar las vías de desarrollo de los patrones humanos de casamiento, adulterio y divorcio.¹¹³

En cuanto a nuestros parientes más cercanos, los chimpancés comunes y los chimpancés pigmeo, viven en hordas, y el soborno sexual es cosa de todos los días entre ellos:

“...somos genéticamente tan semejantes a estos chimpancés como el perro doméstico al lobo. De modo que podemos deducir bastante acerca de nuestro pasado mediante la observación de sus hábitos de vida.”¹¹⁴

Los chimpancés pigmeo, llamados comúnmente bonobo, practican el sexo casi como un pasatiempo cotidiano:

¹¹² cf. *Ibid.*, p. 53

¹¹³ cf. *Ibid.*, p. 113 s.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 123

“Los bonobo copulan para disolver tensiones, para estimular la comida compartida, para disminuir la tensión durante los viajes y para cimentar las amistades durante las reuniones conflictivas. «Haz el amor y no la guerra» es evidentemente un lema bonobo.”¹¹⁵

Pero los bonobo tienen, además, comportamientos muy similares a los humanos, se dan largos y apretados abrazos, se miran fijamente a los ojos, caminan del brazo, se besan manos y pies, y se dan besos de lengua. Los bonobo no toman parejas a largo plazo, ni crían a sus hijos en pareja, son los machos los que se ocupan de los hermanos pequeños, y la monogamia no es vida para ellos, prefieren la promiscuidad. El sexo infertil es utilizado por ellos para relajar la tensión. Dice Fisher:

“Si los chimpancés pigmeo son lo que queda de nuestros antepasados primordiales que vivían en árboles, el adulterio humano es entonces realmente muy antiguo.”¹¹⁶

Los chimpancés comunes, según Fisher, son igualmente promiscuos; las hembras son sexualmente agresivas, las adolescentes resultan insaciables y también se masturban; prefieren a los machos que las atienden y que les dan de comer, y no necesariamente a los machos que están en el escalón más alto en la jerarquía. Mantienen amistades profundas con muchos machos y copulan con ellos con mucha regularidad, pero evitan el sexo con parientes cercanos.¹¹⁷

Ahora bien, dentro del esquema monogámico humano los individuos utilizan el sexo infertil para obtener placer durante el largo período del embarazo, y durante el tiempo que la pareja permanece junta; pero con el modelo monógamo también surgieron los celos; así, los seres humanos convierten el sexo en un infierno, expresan Potts y Short; no obstante, enfatizan, si, desde una perspectiva evolucionista, fuéramos estrictamente monógamos, los hombres y las mujeres tendríamos un tamaño y una forma

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 124

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 125

¹¹⁷ cf. *Ibid.*, p. 127

similares¹¹⁸, ya que parece que en las especies monógamas es difícil diferenciar a un macho de una hembra.

“Sin duda provenimos de un tronco polígamo o promiscuo y nuestros cuerpos siguen manifestando la prueba de ello. Pero podemos desarrollar un intenso lazo de unión, por lo general hacia alguien del sexo opuesto [...] Quizá la monogamia sucesiva sea nuestro compromiso sutil entre la monogamia y la poliginia estrictas.”¹¹⁹

Al respecto Fisher escribe que el matrimonio ha sido idealizado por los norteamericanos y, para ellos y para muchos otros pueblos, el divorcio es visto como un fracaso, pero:

“Desde una perspectiva darwiniana, sin embargo, la monogamia en serie de milenios atrás tuvo sus ventajas (la variedad genética).”¹²⁰

Después de analizar una gran cantidad de información, Fisher concluye que la duración del matrimonio humano, de cuatro años, puede estar relacionado con el tiempo que necesitaba la pareja hominoidea ancestral para lograr la supervivencia y la independencia de sus crías, pues a esa edad los cachorros se integraban a la vida social, y eran cuidadas por las “amistades especiales de la madre” y otros individuos del clan. Las “amistades especiales” las entablan las hembras desde jóvenes, a través del apareamiento con varios machos. De estas amistades se benefician tanto hembras como machos; las hembras cuentan con los machos como padres adoptivos, ellos las apoyan en el cuidado de los hijos adoptivos; los machos usan a las crías contra la amenaza de otros machos tomando a la cría y poniéndola contra su pecho, esto detiene el ataque.¹²¹

¹¹⁸ cf. Potts, Malcolm y Short, Roger, *Historia de la sexualidad*, p. 50 s.

¹¹⁹ *Ibid.*, p.64

¹²⁰ *Ibid.*, Fisher, Helen E., *Anatomía del amor*, p. 153

¹²¹ cf. *Ibid.*, p. 127 s.

Homosexualidad

Potts y Short expresan que la homosexualidad humana sigue siendo un misterio; para Fisher también lo es, pero expresa que:

“En realidad, la homosexualidad es tan común en otras especies –y se manifiesta en circunstancias tan variadas- que la homosexualidad humana llama la atención no por su frecuencia, sino por su rareza.”¹²²

En *Evolution's Rainbow*, Joan Roughgarden expone sus teorías acerca de la homosexualidad y el transgénero en humanos. El polimorfismo sexual en animales, expresa ella, juega un importante papel en la convivencia social de estos. Roughgarden reflexiona acerca del hecho de que, no obstante que la homosexualidad en animales es muy común, como lo demuestran los ejemplos de más de 300 especies de vertebrados¹²³, los científicos ocultan esto por temor, por homofobia, o porque piensan que es evolutivamente imposible, o porque no han logrado acuñar un concepto acerca de la importancia de la homosexualidad. Esta postura científica contribuye, agrega la investigadora, a la persecución de los individuos homosexuales y trasgénero, que muchas veces experimentan una baja autoestima por discriminación.¹²⁴

La investigadora expone el ejemplo del servicio que prestan a conservar la vida animal, tanto la reproducción sexual como la asexual. Ambas formas de reproducción no son excluyentes, sino complementarias; la reproducción asexual ayuda a poblar rápidamente un territorio, y la reproducción sexual incrementa la probabilidad de perdurar a través de la diversidad genética.¹²⁵

¹²² *Ibid.*, p. 161

¹²³ cf. Roughgarden, Joan, *Evolution's Rainbow*, p.128

¹²⁴ cf. *Ibid.*, p.128

¹²⁵ Un ejemplo de la combinación entre la homosexualidad y la posibilidad de poblar rápidamente un territorio, lo aportan las lagartijas “lesbianas” de cola de látigo (de América); ellas se reproducen asexualmente. El cortejo y el contacto genital entre hembras es un detallado e intrincado ritual sexual, y es casi exactamente igual al típico contacto sexual entre una hembra y un macho. Una de estas lagartijas, con niveles altos de estradiol, adoptará el comportamiento de hembra, y la que tiene niveles altos de progesterona tomará el papel de

Por ejemplo, algunas especies americanas de lagartijas y geckos, de reproducción sexual, también practican los cortejos y los apareamientos homosexuales.¹²⁶ Asimismo, los encuentros homosexuales en los pájaros pukeko sugieren que existe una relación directa entre estos encuentros y un sistema social que disminuye la agresividad y facilita el cuidado de los huevos.¹²⁷

En 1999 se reportaron encuentros homosexuales masculinos y femeninos en más de 100 especies de mamíferos, informa Joan Roughgarden.¹²⁸ Por ejemplo, entre los borregos canadienses y estadounidenses, machos, existe un amplio comportamiento homosexual.¹²⁹ Estudios realizados con borregos domesticados, en el Centro Experimental de Borregos de Estados Unidos (en Dubois, Idaho), demostraron que la homosexualidad pura se da en aproximadamente un 8.5% de los borregos; no obstante, la mayoría son bisexuales, dado que las hembras sólo son receptivas durante 3 días al año. Un dato interesante es el que arrojaron los estudios hormonales realizados en los borregos machos homosexuales puros: éstos no consideran que el macho montado es una hembra, y un 25% de ellos son monógamos. Roughgarden considera que eliminar a los machos homosexuales de los corrales provocaría un sistema social progresivamente disfuncional, dado que es un comportamiento normal de los borregos salvajes.¹³⁰ Ella está convencida que la homosexualidad juega un papel social dentro de la especie.

macho en el encuentro sexual; posteriormente los roles se intercambiarán, dado que sus ciclos de secreción hormonal se intercambian también de estradiol a progesterona y viceversa.

Pero ¿por qué practican estos cortejos las hembras asexuales? 1) porque evolutivamente no han logrado deshacerse de la dependencia del macho para estimular la puesta de huevos, 2) porque se reproducen más las hembras que tienen encuentros homosexuales que aquellas que viven solitarias (2.6% al año las que viven en grupos y 0.9% las que están solitarias), 3) porque los encuentros sexuales no sólo tienen que ver con la mutua estimulación para la puesta de huevos, sino que a través de estos encuentros homosexuales las lagartijas asexuales podrían estar reforzando los vínculos sociales. cf. *Ibid.*, p. 128 s.

¹²⁶ cf. *Ibid.*, p.134

¹²⁷ cf. *Ibid.*, p.137

¹²⁸ cf. *Ibid.*, p.138

¹²⁹ cf. *Ibid.*, p.139

¹³⁰ cf. *Ibid.*, p.132 s.

Las relaciones homosexuales, informa Roughgarden, se presentan también en especies como los delfines hocico de botella. Estos practican en igual o mayor cantidad los encuentros homosexuales que los heterosexuales en comunidades donde hay hembras y machos. Los machos han sido ampliamente estudiados; se ha observado que la homosexualidad guarda relación con la formación y conservación de parejas para toda la vida entre machos de la misma edad. Se juntan desde adolescentes y viajan juntos. Los machos que están en pareja se turnan para descansar y vigilarse mutuamente. Para defenderse de los predadores, uno duerme mientras el otro vigila, y cuando uno de los dos muere, el viudo busca otra pareja, pero falla en el intento a menos que se encuentre con otro viudo (Estas uniones homosexuales desde la juventud, en las cuales la pareja permanece unida hasta la vejez, recuerda un pasaje del tercer discurso del *Fedro* de Platón). Estas uniones para toda la vida pueden darse en tríos y entre distintas especies de delfines; tales parejas y tríos compiten con otros tríos y parejas por las hembras receptoras¹³¹; pero hay mucho todavía por investigar sobre esta especie.

La observación y reflexión de Joan Roughgarden acerca del comportamiento homosexual en animales la lleva a concluir que el sistema social, tanto en animales como en humanos, ha sido sobre-simplificado.¹³² Un sistema social implica, desde la perspectiva de Roughgarden, mucho más que dos sexos, más que dos géneros, más que dos roles, más que la ecuación macho-hembra-cría, algo más que la fuerza. Un sistema social es una compleja red de relaciones, estrategias y creatividad que promueve la vida y la supervivencia, asegura Roughgarden.

La homosexualidad humana aseguraría -pero de hecho no se da así-, como sucede en animales, que los niños contarán con redes sociales más amplias. Si estas relaciones en animales sirven para entablar lazos amistosos desde temprana edad, tal vez en humanos serviría al mismo fin, lo cual serviría para rodear a los niños de más parientes y amigos que se ocupen de

¹³¹ cf. *Ibid.*, p.141 s.

¹³² cf. *Ibid.*, p.145 s.

su cuidado y supervivencia. Pero tal parece que muchos seres humanos están “destinados” a la soledad, lo cual dificulta la supervivencia y la calidad de la vida. En el año 2000 Román Gubern expone en *El eros electrónico* un fenómeno preocupante, la creciente soledad humana. Escribe:

“... la función balsámica del espacio hogareño ha de ser puesta en perspectiva crítica a la luz de la extendida crisis de la familia occidental y del auge del individualismo [...] En la actualidad, aproximadamente un tercio de las viviendas de Nueva York están habitadas por una sola persona, los llamados *singles*, que no pocas veces se rodean de un animal de compañía y que han activado un importante mercado de productos *singles*...”.¹³³

Y así continúa Román Gubern con los casos de Europa. Asimismo, escribe acerca de la incapacidad de muchos japoneses para entablar las mínimas relaciones amistosas y amorosas.

En una sociedad, ya sea humana o animal, el individuo que no es incluido en la manada o el grupo social tiene pocas posibilidades de supervivencia; lograr ser incluido no es una tarea sencilla. En este tenor, nuestra investigadora asevera que la práctica homosexual, por ejemplo entre las hembras macaco, parece ir más allá del placer. Si asumimos, agrega, que las relaciones homosexuales a corto plazo son necesarias para la inclusión en los grupos sociales femeninos, entonces, la homosexualidad en hembras de esta especie corresponderá a una característica social inclusiva.¹³⁴ Se ha observado que una hembra que no mantiene estas relaciones homosexuales a corto plazo, será sacada del grupo y se reproducirá menos¹³⁵, ya que su vida será más corta. No participar en estas relaciones homosexuales a corto plazo sería letal, asevera Roughgarden. De igual forma, los chimpancés pigmeo o bonobo, que son algunos de los primates más emparentados con el ser humano, sostienen prácticas homosexuales hembra-hembra y macho-macho durante gran parte del día. Estas prácticas guardan relación con la actividad

¹³³ cf. Gubern, Román, *El eros electrónico*, p. 164

¹³⁴ cf. *Ibid.*, p.147

¹³⁵ En época de celo estas hembras mantienen relaciones reproductivas obviamente heterosexuales.

social de compartir alimentos, objetos, y de promover la armonía y la reconciliación después de una disputa.¹³⁶

Pero existen especies con comportamientos distintos. Roughgarden menciona el caso de los babuinos. Los machos poderosos de esta especie perciben las coaliciones entre otros machos como amenazas -- esto lo menciona Pausanias en su discurso, cuando se refiere a los tiranos bárbaros de Jonia, a los cuales no convienen los fuertes lazos de amistad entre varones¹³⁷--, por lo que experimentan una especie de homofobia. Otro caso es el de los gibones de manos blancas; ellos son generalmente monógamos y tienen parejas ocasionales fuera de su relación de pareja estable. Sólo tienen sexo en los períodos fértiles, no obstante, el padre sostiene contacto sexual con las propias crías de su mismo sexo.¹³⁸

Los antropoides, los primates del viejo mundo, los macacos, los babuinos, los gibones, los orangutanes, los chimpancés, los bonobos y los humanos forman las sociedades más sofisticadas entre los primates. Todos ellos, enfatiza Roughgarden, tejen intrincadas redes sociales claramente fomentadas a través de la heterosexualidad y la homosexualidad.

Este patrón de ocurrencia en el árbol familiar de los primates sugiere que la homosexualidad es una innovación evolutiva originada alrededor de 50 millones de años atrás, cuando se dividieron los linajes entre prosimios y antropoides.¹³⁹

¿Se contrapone la homosexualidad a la evolución, a la reproducción o a la supervivencia de la especie? No, responde Roughgarden, pues aunque los

¹³⁶ Otras investigaciones reportan la práctica homosexual en el 14% de los lemures y los *propithecus berreauxi*; en el 25% de los monos ardilla machos y el 40% de las hembras son lesbianas y comparten el cuidado de los cachorros; entre los capuchinos de cara blanca, el 50% de los encuentros sexuales son homosexuales; el 33% de las montas de los macacos rhesus son homosexuales en ambos sexos, y de este 33%, el 80% es entre machos; del 28% al 40% de los macacos arctoides machos, tienen contactos homosexuales con penetración anal y eyaculación; los babuinos de la sabana tienen relaciones homosexuales que pueden durar muchos años, aproximadamente el 20% entre machos y el 9% entre hembras. En todas estas especies, los contactos homosexuales ayudan a promover los lazos de integración social. cf. *Ibid.*, p. 147

¹³⁷ cf. *Banquete*, 182b,c.

¹³⁸ cf. *Ibid.*, p.153

¹³⁹ cf. *Ibid.*, p. 153

individuos homosexuales se reproducen menos por estar entretenidos en sus contactos, también se comportan ocasionalmente como heterosexuales y se reproducen; por otro lado, las crías alcanzan una mayor supervivencia gracias a los lazos amistosos homosexuales. Estas “amistades” ayudan en la obtención de recursos adicionales para las crías, y promueven la inclusión de individuos en las manadas.¹⁴⁰ Desde esta perspectiva, la selección natural no se limita a la lucha por los recursos por medio de la agresividad y la fuerza: la selección natural también es producto de la creatividad, de la cooperación y de los lazos amistosos, ya sean heterosexuales u homosexuales.¹⁴¹

La teoría de la evolución sexual de Darwin, expresa Roughgarden, afirma que el macho es muy apasionado sexualmente y que en cambio la hembra no lo es. Afirma también que la hembra acepta el dominio del macho, y que el comportamiento tanto de machos como de hembras obedece a patrones universales, es decir, que las hembras mejor nutridas y vivaces elegirán a los machos más fuertes y mejor armados para procrear con ellos, fenómeno que presenta un paradigma de pareja.

Sin embargo, Darwin parece no haber estado consciente de la homosexualidad en los animales, ni del hecho de que a veces el paradigma mencionado no se da como tal. Darwin sí observó que, en algunas especies, la hembra es la que elige la pareja, pero no se ocupó de estas excepciones. De ahí se sigue que la teoría de la selección sexual de Darwin ha sido utilizada para perpetuar estereotipos que pueden llegar a degradar a las mujeres, y a cualquier persona que no se identifique como un hombre, o como una mujer claramente heterosexuales y, por otro lado, que no se sienten identificados con el rol que ha sido institucionalizado. Sucede que muchos científicos soslayan este hecho¹⁴² que Darwin no vio, con lo cual prolongan las injusticias que de la teoría darwiniana se desprenden.

¹⁴⁰ cf. *Ibid.*, p.155

¹⁴¹ cf. *Ibid.*, p.161

¹⁴²cf. *Demografía de la orientación sexual*,

http://es.wikipedia.org/wiki/Demograf%C3%ADa_de_la_orientaci%C3%B3n_sexual

Resumiendo, la teoría de Roughgarden supone que en las distintas especies animales con machos y hembras, éstos despliegan tendencias y comportamientos sexuales diferentes (bisexual, homosexual y heterosexual), que favorecen la interacción social y la inclusión en las manadas. Los animales no sólo están buscando propagar sus genes, sino también el acceso a los recursos que alguien controla; esto lo logran a través de las relaciones sexuales y de las estructuras sociales que incrementan sus oportunidades de reproducción y de supervivencia ¹⁴³. La dinámica de las sociedades animales, asegura Roughgarden, es compleja, no es lineal: es impredecible¹⁴⁴. Tradicionalmente se ha considerado que el éxito de una organización social está en correspondencia con el medio ambiente, pero la investigadora afirma que este éxito se debe a las turbulentas e impredecibles maneras de relacionarse entre los individuos de una misma especie. La naturaleza ejemplifica el gran potencial y la diversidad de caminos y soluciones que los sexos (en las distintas especies) toman para transitar por el camino del florecimiento evolutivo y de la supervivencia.¹⁴⁵

Roughgarden sostiene que los seres humanos no son degradados por su comparación con los animales, sino que los animales son elevados por su comparación con la gente. También Potts y Short denuncian que del mismo modo que el dualismo entre cuerpo y alma, tan grabado en el pensamiento occidental, no tiene base biológica, tampoco la tiene la distinción entre seres humanos y animales. No obstante, agregan, buscamos sin cesar distanciarnos incluso de nuestros parientes vivos más cercanos, el chimpancé y el gorila. Los seres humanos hemos “inventado” comportamientos que van contra la naturaleza animal que llevamos dentro, y esto ha sucedido primordialmente por razones e intereses económicos; pero no por eso debemos buscar disminuir la perversidad de algunos comportamientos humanos (por ejemplo la

¹⁴³ cf. *Ibid.*, p.176

¹⁴⁴ cf. *Ibid.*, p.176 s.

¹⁴⁵ cf. *Ibid.*, p.181

pederastia, la violación, el asesinato y el infanticidio, etc.), sino que debemos crear una sociedad que cuide mejor de sus miembros. Debemos estar muy atentos con respecto a lo que inventamos y transmitimos a las generaciones siguientes, concluyen Potts y Short.¹⁴⁶

Recapitulando, a través de los siglos han sido los dioses quienes han sustentado nuestros modelos del mundo y de la realidad. Sobre la creencia en la existencia de dios y de sus mandatos se han erigido concepciones de la sexualidad, y se ha establecido lo permisible y lo pecaminoso. Luego, con el florecimiento de la humanidad, han florecido también los intereses económicos y los modelos de la sexualidad que los resguardan. Nuestro comportamiento sexual ha sido interpretado como pureza del alma o como mezquindad del cuerpo; los intereses políticos, económicos o ideológicos han sancionado nuestra conducta sexual. Al lado de la psicología nacieron, asimismo, nuevas interpretaciones de la mente y de la sexualidad. Hoy estamos en la era de la ciencia. Así, nuestro proceder sexual puede interpretarse, al menos, como la emanación de nuestra voluntad, como destino retrospectivo de nuestra infancia y de nuestra especie, como el producto de reacciones químicas o, como una combinación, al menos, de todas estas instancias. Para redondear lo expuesto en este trabajo, quisiera detenerme, sólo un poco, en las ideas de Stephen Hawking.

Este notable científico afirma que el ser humano es netamente biológico y que, por lo tanto, su comportamiento es el resultado de complejas reacciones químicas que desconocemos casi por completo. Cuando científicamente no podemos explicar algo satisfactoriamente, expresa Hawking, creamos lo que se llama *una teoría efectiva*, por ejemplo, la de que los individuos tienen libre albedrío. La ciencia de la psicología estudia entonces la voluntad y el comportamiento que se sigue de ella; la economía, prosigue Hawking, es una teoría efectiva menos satisfactoria.¹⁴⁷

¹⁴⁶ cf. Potts, Malcolm y Short, Roger, *Historia de la sexualidad*, p. 32 s.

¹⁴⁷ cf. Stephen Hawking, *El gran diseño*, p.40 ss.

En este tenor, digo que la concepción de la sexualidad patriarcal es sustentada, por ejemplo, en creencias religiosas, en la incipiente biología aristotélica, en los decretos emanados de los intereses económicos del patriarcado, en la psicología y en la filosofía. No obstante, la religión es un conjunto de dogmas de fe; la ciencia aristotélica ha sido rebasada; la economía patriarcal responde a intereses económicos; y la psicología y la filosofía deben tener en cuenta la ciencia moderna. Todos aquellos que declaran que la sexualidad humana es por naturaleza patriarcal, se topan con la experiencia cotidiana de que existen demasiadas excepciones a la regla; así, la *teoría efectiva* de la sexualidad patriarcal es una teoría demasiado insatisfactoria.

Asumo, con Hawking, que nuestras teorías acerca de la realidad son el producto de un modelo del mundo. Antes de la física moderna, expresa este científico, se pensaba que las cosas son lo que parecen, tal como las percibimos a través de los sentidos, es decir, por observación directa. Pero realmente nuestros cerebros interpretan los datos de los órganos sensoriales elaborando un modelo del mundo y de la realidad. También los pececillos dentro de la pecera esférica, expresa Hawking, a pesar de su distorsionada visión pueden formular teorías que predigan los movimientos futuros fuera de la pecera, y sin embargo la *realidad* fuera de la pecera es distinta de la que observan; a esto se le denomina <<realismo dependiente del modelo>>. ¹⁴⁸

En este orden de ideas, la teoría de la sexualidad patriarcal –emanada de la religión, desde los albores de la ciencia, desde los intereses económico-políticos, desde la filosofía y la psicología- es el resultado de una concepción del mundo, mas no de un realismo dependiente del modelo, simplemente porque es refutada por la realidad, y por realismos dependientes del modelo que la explican mejor, es decir, los modelos de Potts y Short, de Helen Fisher, de Roughgarden y hasta por las agudas reflexiones de Herbert Marcxuse; y una de sus históricas refutaciones la encontramos en el polimorfismo sexual expuesto en los discursos de los oradores del *Banquete*.

¹⁴⁸ cf. *Ibid.*, p. 13, 47 ss.

Podemos asumir con Hawking que somos seres biológicos, más no puramente biológicos, dado que también una parte de nuestra naturaleza es de carácter evolutivo-cultural, y tal vez, tenemos la capacidad de desarrollar una especie de voluntad biológica, es decir, una voluntad evolutivo-cultural emanada de nuestra biología.

El determinismo biológico duro es peligroso, puesto que podría conducirnos a conceder que la gran mayoría de las mujeres no ocupan lugares importantes en el mundo público porque su naturaleza biológica determina que su ámbito se restrinja a la privacidad del hogar; y que la reiterada conquista masculina del mundo público es la comprobación, asimismo, de su naturaleza. En última instancia, la realidad de la sexualidad, es decir <<su realismo dependiente del modelo>>, es el producto de una de las tantas interpretaciones posibles que el ser humano hace en relación a los logros humanos, a las conductas de los individuos y a los hechos culturales, pero este realismo debe ser sancionado no sólo por cierta comprobación empírica sino, también, por el modelo del mundo que deseamos construir: un mundo en el que exista igualdad, reconocimiento de la diferencia, y respeto por la libertad y la integridad de los individuos.

En torno al debate acerca de si somos primordialmente producto de la cultura o de la biología, considero que somos animales biológico-culturales, que nuestros apetitos y nuestra conducta sexual obedecen a la intrincada interrelación entre lo que hemos dado por separar en biológico y cultural.

Existe gran cantidad de información con respecto a la sexualidad que se está generando desde las ciencias biológicas; yo sólo he tocado la punta del iceberg en este capítulo, pero creo que es un buen principio para cuestionar la viabilidad de la “universalización” de la sexualidad patriarcal.

Y quiero resaltar que me parece sumamente interesante el cuestionamiento de Roughgarden en torno a algunas de las teorías más respetadas de nuestro tiempo, las de Darwin, puesto que sólo de esta manera podremos avanzar en el conocimiento de la sexualidad humana.

Epilogo

No obstante que ésta no ha sido una investigación exhaustiva, hemos podido acceder a varias concepciones de la sexualidad humana, a la forma en que éstas fueron generándose, sus motivos e intereses, sus cuestionables pero también pragmáticos fundamentos, los cuales provienen de conveniencias económicas, de teorías científicas insostenibles, de dogmas religiosos y hasta de mitos.

Estoy convencida de que parte de la desigualdad, de la discriminación, de la violencia y de la desesperanza humanas se generan en el seno de la sociedad y la familia patriarcales, las cuales son reproducidas por el correspondiente modelo de la sexualidad. Tanto la asociación del placer sexual con la culpa que pretende legitimar la prole, así como el control de la explosividad de los instintos sexuales a través de la imposición de la sexualidad patriarcal para todos han fracasado. Los modelos políticos y económicos, los modelos religiosos, filosóficos, psicológicos y científicos que defienden este tipo de sexualidad se topan con su refutación en los hechos cotidianos. La infidelidad, la homosexualidad, la bisexualidad, la transexualidad son hechos que corroboramos todos los días. Esa realidad pone en tela de juicio la viabilidad del modelo patriarcal de la sexualidad para todos. Esta manera de vivir y asumir la sexualidad está inmersa y a la vez es reproductora de un modelo económico de competencia indiscriminada que no favorece, en la mayoría de los casos, ni los vínculos humanos ni el desarrollo de las potencialidades humanas. Es factible censurar el *modelo* cultural y económico de la sociedad del consumo, y por lo tanto, el de la sexualidad patriarcal que lo reproduce, en cuanto que, como he expuesto, dicha modalidad de la sexualidad parece no contar con un sustento cultural, ni biológico, ni evolutivo.

No podemos soslayar el hecho de que la infidelidad, la culpa, el maltrato de muchas mujeres e infantes, el abandono de los hijos, la discriminación de los no heterosexuales –que por cierto no sólo se dan en sociedades patriarcales- ocasionan desintegración y ausencia de sentimientos de *pertenencia*. Esa ausencia propicia que el ser humano se encuentre cada vez más solo frente a una competencia perpetua con los demás. En contraste, como se ha esbozado aquí, muchas especies de simios y de otras especies de animales cuentan con estrategias y estructuras sociales que *integran* a sus individuos; sus estrategias, a diferencia de las humanas, implican una sexualidad heterosexual reproductiva y otra, asociada al placer y a la necesidad de entablar vínculos, infiel, bisexual, homosexual y hasta promiscua. Esta conducta sexual animal parece asegurar la estructuración de vínculos amistosos duraderos. No pretendo presentar las estructuras sociales animales como el paradigma para los seres humanos, pero sí pretendo apuntar que esas complejas estructuras animales “cuestionan” la simplificación de las estructuras sociales y sexuales humanas edificadas sobre la presunción de la incuestionabilidad de la sexualidad patriarcal. Aunado al sufrimiento y al displacer generados por este modo de vivir la sexualidad, la vida de muchos individuos se desarrolla dentro de un inhóspito ambiente de competencia económica indiscriminada que lejos de integrarlos a la sociedad los orilla al individualismo extremo, a la intolerancia, a la desintegración y finalmente a la soledad.

La reflexión sobre la información que he presentado aquí me persuadió a creer que tanto el modelo de la sexualidad, como el de la familia deben apegarse más a los *sustratos* biológico y evolutivo de la especie humana, sin obviar, desde luego, los aspectos culturales; aunque, como he dejado apuntado antes, no es posible hablar de biología y cultura como de dos instancias independientes o separables; es por ello que me refiero a una naturaleza biológico-cultural, es decir, en el animal humano la biología se expresa y se moldea a través de conductas culturales.

Sea lo que sea la naturaleza humana, si aspiramos a una sociedad con más vínculos emocionales profundos y duraderos, amplios y diversos; si aspiramos a una sociedad más comprometida con las potencialidades y los valores humanos, y menos interesada en la acumulación de bienes de consumo, no debemos perder de vista la biología y la evolución humanas. Seguramente que dentro de cualesquiera orden existirán individuos que transgredan las normas, pero ello es inevitable.

Marcuse abre una perspectiva hacia una naturaleza polimorfa de la sexualidad que permite plantear la disfuncionalidad de la sexualidad patriarcal para la mayoría de los individuos, aun para aquellos que la reconocen como indiscutible, puesto que no conocen el origen de dicha concepción, ni los datos de las investigaciones que la refutan, si bien cotidianamente contemplan el fracaso de las estructuras patriarcales de la sexualidad. En el *Banquete* de Platón encontré el despliegue, más o menos aceptado por la sociedad, de una parte del polimorfismo sexual del que habla Marcuse. Me parece que la manifestación de la diversidad sexual en la Grecia antigua puede ser explicada, al menos en parte, en función del sustrato biológico, irracional, evolutivo y desde luego cultural del ser humano. Y digo “irracional” con respecto a los instintos sexuales más emparentados con el enamoramiento; no obstante, una concepción más amplia de la sexualidad implica tanto el amor –no el enamoramiento– de pareja, como el amor filial, el fraternal, el de amistad y el amor por la humanidad; estos amores, me inclino a creer, son de una índole más racional por su relación con la voluntad. Este punto puede ser cuestionado argumentando que la sexualidad polimorfa de los simios responde al instinto de supervivencia de aquellos que son más aptos para la vida, y que los seres humanos “por naturaleza” han establecido el patriarcado para fomentar, también, la pervivencia de los mejores ejemplares humanos. Sin embargo, podemos enfrentar tal refutación argumentando que los humanos más fuertes y más aptos para la supervivencia no son siempre los más capaces para desarrollar las potencialidades humanas; ahí tenemos el

ejemplo del reconocido físico Stephen Hawking: afectado de esclerosis lateral amiotrófica a la edad de 21 años ha sobrevivido ya hasta los 69 años.

No creo, como Marcuse lo pretendió, que el modelo de la sexualidad patriarcal debe ser desterrado¹⁴⁹, -y quisiera aprovechar este momento para subrayar que sí existen uniones patriarcales felices y logradas- pero estoy convencida de que no es la única forma de vivir la sexualidad humana, y que tampoco la familia patriarcal es la célula social, económica y política más adecuada para el despliegue de los vínculos y de las potencialidades humanas. En todo caso, la sexualidad patriarcal deberá coexistir pacíficamente con modalidades sexuales como la bisexualidad, la homosexualidad, la asexualidad, el transgénero, la transexualidad y la infidelidad sexual. Una nueva concepción acerca de la sexualidad humana debe promover el placer y la felicidad, la formación de vínculos más amplios y duraderos, la igualdad de derechos y de oportunidades en contraposición a la subordinación y a la marginación, la inclusión en oposición a la discriminación.

A través de Platón, Marcuse y Helen Fisher se clarifica la diferencia que existe entre enamoramiento y amor (apego); se trata de emociones distintas. El enamoramiento contiene una fuerte carga irracional, mientras que el amor, para el cual parecen estar mejor preparados biológica y evolutivamente algunos individuos, puede ser impulsado o promovido por la razón. El sexo y el enamoramiento producen intensas emociones placenteras, de las más intensas que puede experimentar un ser humano, pero el “fracaso” o el desgaste del enamoramiento en muchas parejas patriarcales y no patriarcales, heterosexuales u homosexuales, con todas las infortunadas consecuencias que esto conlleva, ha desembocado también en una devaluación de los lazos amorosos y afectivos. Es de vital importancia que los individuos estén informados acerca de la diferencia que existe entre enamoramiento y amor, y que sepan que, lejos de ser un fracaso, el desgaste natural del enamoramiento puede dar paso a un amor profundo y comprometido o al inicio de una vinculación amistosa duradera que abrace a la prole.

¹⁴⁹ Lo cual es, por ejemplo, el caso de *La República* de Platón y del *Mundo feliz* de Aldous Huxley.

Como acabo de apuntar, parece ser que el amor es más racional y, aunque contiene componentes bioquímicos, evolutivos y culturales, podría ser susceptible al cultivo intencional voluntario. Tal vez el fomento de valores como el respeto, la templanza, la reciprocidad, la tolerancia y la ternura pueden hacer florecer y perdurar una relación de pareja aun sin fidelidad sexual (si bien esto es siempre un jugar con fuego), pero pueden también hacer florecer profundos lazos afectivos monogámicos, o no monogámicos.

La infidelidad y el polimorfismo sexual tienen su origen, en buena medida, tanto en el parentesco entre humanos y animales, como en la evolución de la especie humana. La negación de esta verdad obliga a los seres humanos a transitar los subterráneos de una civilización prohibida que abraza los dogmas; pero quienes han seguido de cerca el comportamiento de distintas especies animales, observan que sus complejas estructuras sociales de supervivencia se desarrollan a través de relaciones heterosexuales, homosexuales, infidelidad sexual, y raramente a través de relaciones monógamas con fidelidad sexual.

El reconocimiento del polimorfismo sexual en animales y en humanos, y su interpretación como aquello que apunta hacia una organización social más allá del simplismo patriarcal, fomenta la aceptación de lo diferente, abre la posibilidad de ver la sexualidad humana con otros ojos, permite vislumbrar un mundo potencialmente diverso. Resulta liberador comprender que gran parte de las conductas, fenómenos y modelos que calificamos de verdaderos o falsos, de buenos o malos, no son más que el resultado de errores conceptuales que han perdurado en la cultura a través de los siglos, y se puede pensar en impulsar el deseo de intentar la construcción de una sociedad humana distinta, pues vivimos en *el mundo* de las contradicciones: la publicidad hace gala de un lujo ostentoso en el planeta de la muerte por inanición; explota el enamoramiento y el sexo para vender sus productos, pero “glorifica” la familia patriarcal; exalta el amor, pero no se difunde lo que es.

La pregunta por la naturaleza de la sexualidad humana nos conduce a otra pregunta: ¿cuál es hoy el ideal de la cultura? Muchas mujeres ya no son

las esclavas de los tiempos de Aristóteles ni del cristianismo pero siguen marginadas por la cultura. Tanto hombres como mujeres son “esclavos” de roles e ideales que la sociedad les impone en nombre de una felicidad “ficticia”: consumismo, competencia indiscriminada, individualismo y egoísmo extremos, etc.

El reconocimiento de que el ser humano forma parte del reino animal, la valoración del placer conseguido a través de un orgasmo así como el que proviene de la contemplación, la afirmación de que todo lo que damos, de que todo lo que recibimos y de que todo lo que se nos quita está en *este mundo*, aquí y ahora, puede cambiar el sentido de muchas vidas. La idea del derecho al placer sin culpa, sin miedos a castigos divinos, pero responsable, resulta liberadora. Estoy convencida de que lo único que da sentido a la vida es la felicidad. La felicidad está en el placer, en el enamoramiento y en el amor, en la amistad, en la compañía de otros seres humanos y en la posibilidad de desplegar las potencialidades humanas, pues la felicidad se experimenta también a través de la lectura, del arte y de la ciencia, pero también está en la aceptación de que la vida implica sufrimiento y esfuerzo. Sólo en la experiencia y en la promoción del placer y la felicidad propios y de los demás está el sentido de la vida humana. La creación artística y científica, los besos, las caricias, las palabras de cariño, el acompañamiento y la consideración diarios para con los otros, animales o humanos, da sentido a la vida, e incluso a la muerte.

Me atrevo a decir que nada está escrito, que el futuro de la sexualidad, de la familia y de la humanidad depende de lo que los seres humanos “decidamos” hacer, a menos que asumamos que no debemos molestarnos en decidir o tomar partido por un modelo del mundo y aceptemos, tranquila y pasivamente, que el sufrimiento de tantos seres humanos no tiene la mínima importancia, y que así como hoy podemos ser los discriminadores, los petulantes y los asesinos, mañana podemos tomar el lugar de los discriminados, los timoratos o los asesinados. José Saramago, premio Nobel de literatura, contestó a la pregunta por los males del mundo: “El mundo está

mal, y no está en nuestras manos cambiar ese estado de las cosas, no obstante, se pueden tomar dos actitudes frente a esta situación: sentarse frente al televisor pretendiendo que no hay nada que hacer, o hacer algo en el ingenuo optimismo de que podemos cambiar las cosas”.

Yo añadiría a estas palabras de Saramago que el futuro de la sexualidad y de la humanidad lo decidirá (como lo dirán los biologicistas) nuestra voluntariosa biología, o nuestra voluntad biológica como lo asegurarían los filósofos que no pierdan de vista la biología. Aun asumiendo que como animales que somos nuestras acciones son productos biológicos, aun así, hemos lanzado la bomba atómica, pero también hemos creado las más exquisitas obras musicales; han existido genocidas, pero también hombres y mujeres con un gran amor por la humanidad. Nosotros “decidimos”.

La práctica de la economía, de la sexualidad y de la política patriarcales pudo haber generado el florecimiento económico y cultural de la humanidad, pero la escasez de hoy se deriva de la indefendible avaricia de los poderosos y de la pasividad medrosa y no poco justificada de los despojados. La escasez moderna tiene su origen en un modelo económico que responde al deseo humano de tener y acumular aun a costa de la marginación de las grandes mayorías. Los adelantos científicos y tecnológicos posibilitan el florecimiento de una humanidad que no requiere de la esclavitud de la mujer y del castigo de los homosexuales en nombre de la caza mayor. Hemos superado el resguardo de la caverna con el cultivo de hortalizas y con la carne de corral. Las necesidades que hicieron florecer las tribus que optaron por el patriarcado ya no son las de hoy. Bien dijo Herbert Marcuse que la escasez de hoy es el resultado de la pésima distribución de los bienes necesarios para la vida. Las necesidades de hoy ya no pueden ser resueltas por el confinamiento de la sexualidad a su empobrecimiento patriarcal, ni por una economía que empobrece a las mayorías y se desentiende de la humanidad.

Ahora bien, si bien es cierto que es conveniente voltear la mirada hacia la “jaula de los monos”; si bien es cierto que el Platón del *Banquete* acepta la heterosexualidad y la pederastia, y propone un modelo acerca de la manera de

enseñar a vivir la felicidad en el amor, el cual implica una ética del disfrute de los instintos sexuales; sin bien Marcuse defiende el polimorfismo sexual en nombre del placer, de la felicidad, de la vinculación afectuosa, en nombre del despliegue de las potencialidades humanas; y si bien fuese cierto que, como expone Marcuse, la eliminación del consumismo como valor cultural y el nacimiento de una civilización no represiva promovería el despliegue de *eros* como florecimiento del amor y la amistad, no es menos cierto que es absolutamente improbable que exista una manera de convivencia sexual perfecta, exenta de sufrimiento. La felicidad y la sexualidad individuales en la cultura siempre se verán enfrentadas a obstáculos, a normas que respetar, mas no deben estar sometidas y reprimidas por poderes sustentados en falacias ideológicas o intereses mezquinos. El patriarcado debe dar paso a otros modelos y vivencias de la sexualidad y de la existencia humana.

La apertura hacia la diversidad sexual no implica la eliminación del sufrimiento ocasionado por el desenamoramiento, ni el ocasionado por la no reciprocidad del enamoramiento y el amor.

Lo que sí puede hacer, es eliminar parte del sufrimiento proveniente de los sentimientos de culpa y de la discriminación de todos aquellos que tienen preferencias sexuales distintas a la heterosexualidad y la fidelidad para toda la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrasco, Cristina "Mujeres, trabajos y políticas sociales en España", DUODA, Revista de estudios feministas, núm. 13, 1997
- Engels, Federico, *El origen de la familia. La propiedad privada y el Estado*, México, editores mexicanos unidos, 1992
- Ferber, Rafael, *Conceptos fundamentales de la filosofía*, Barcelona, Herder, 1995
- Fontenela, Marta "¿Qué es el patriarcado?", desde www.nodo50.org/mujeresred/spip.php?article1396
- Fisher, E. Helen, *Anatomía del amor: historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, traducción de Alicia Plante, 1ª ed., Barcelona, Anagrama, 1994
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, 5ª. ed. México, Siglo XXI, 1988
- Gubert, Román, *El eros electrónico*, 2ª. reimpresión, México, Taurus, 2002
- Hawking, Stephen y Mlodinow, Leonar, *El Gran Diseño*, traducción de David Jou i Mirabent, 1ª ed., México, Crítica, 2010
- Huxley, Aldous, *Un mundo feliz*, Barcelona, Plaza & Janés, 1969
- Israëls, Han, *El caso Freud*, Madrid, FCE , 2002
- Jaeger, Werner, *Paideia*, 3ª reimpresión, México, FCE, 1978
- Komisaruk, Barry,R., *The science of orgasm*, JHU Press, 2007
- Leal García, Ambrosio, "Sesgos ideológicos en las teorías sobre la evolución del sexo", Tesis doctoral, Codirectores: Jorge Wagensberg y Magi Cadevall, Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Barcelona
- Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, traducción de Juan García Ponce, 3ª ed., Barcelona, Ariel, 1995
- _____ *El fin de la utopía*, 7ª ed., México, Siglo XXI, 1971
- _____ *El hombre unidimensional*, 8ª ed, México, Siglo XXI, 1972

- Morris, Desmond, *Masculino y Femenino, claves de la sexualidad*, Barcelona, Debolsillo, 2000
- Olivier, Christiane, *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*, 3ª. reimpresión, México, FCE, 1989
- Paz, Octavio, *La llama doble*, 5ª. reimpresión, México, Seix Barral, 1994
- Peinado, Vázquez Rosa Verónica, Tesis *La falta de eros: la pederastia socrática como modelo educativo*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2005
- Peña Corral, Ruth, “La sexualidad: producto social”, desde www.ucm.es/info/biblioteca/contruccion_sexualidad/Ensayo_sobre_sexualidad.pdf
- Platero, Raquel y Fernández Laso, Cristina, “Conceptos clave sobre homosexualidad y lesbianismo”, desde www.ucm.es/info/rqtr/Conceptos_Clave_sobre_LGBT.pdf
- Puleo H., Alicia, “El patriarcado: ¿una organización social superada?”, desde www.nodo50.org/mujeresred/spip.php?article739
- Platón, *El Banquete*, traducción y notas de M. Martínez Harnández, Barcelona, Planeta Mexicana, 1997
- Potts, Malcolm y Short Roger, *Historia de la sexualidad desde Adán y Eva* (título original: *Adam and Eve: the evolution of human sexuality*), traducción de Carmen Martínez Gimeno, Madrid, Cambridge University Press, 2001
- Roughgarden, Joan, *Evolution's Rainbow*, Berkeley and Los Ángeles, California, University of California Press, 2009
- Sagan, Carl, *El mundo y sus demonios*, 5ª. reimpresión, México, Planeta, 1998
- Schmidt O., Ute, *Platón y Huxley. Dos utopías*, México, UNAM, 1988
- Velásquez, Oscar, *Platón. El Banquete o siete discursos sobre el amor*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2002